

Marie Rodríguez

A CADA QUIEN SU MEREcido



Novela biográfica

**A CADA QUIEN SU
MERECCIDO**

Prólogo

A cada quien su merecido es más que una novela biográfica que, fiel a su género, se apoya en la literatura para hacer un recuento de los acontecimientos que marcaron la existencia de Alfredo Rodríguez, su protagonista, un activista español, republicano y preso político, sometido a duras experiencias por mantenerse fiel a ideales y principios.

La obra transcurre bajo dos tiempos y contextos igualmente escalofrantes, la guerra civil que desembocó en la tiranía de Francisco Franco en España, y la cotidianidad en el campo de concentración de Buchenwald, Alemania, durante el periodo decisivo de la Segunda Guerra Mundial. Fueron dos cruentos escenarios del fascismo que nuestro personaje principal enfrentó, sobrellevó y venció.

Pero la obra de Marie Rodríguez, no se queda en la descripción histórica. Desde el título invita a la reflexión sobre lo que obtenemos al encarar nuestro destino sin sentir lástima por nosotros mismos, incluso cuando –de momento- es imposible cambiarlo. Lo importante es tener presente que siempre podemos hacer algo con nuestra existencia, incluso bajo las peores circunstancias y con muy escasos recursos físicos y emocionales.

Y es que, a través de su relato, la autora nos hace recordar aquella máxima de Viktor Frankl, acerca de que el hombre podrá perderlo todo, excepto la libertad de decidir cómo le afecta esa pérdida. Así ocurre con Alfredo.

Su apego a creencias, valores e ideales le servirá para preservar la dignidad, para nunca claudicar. Es por ello que, en uno de los momentos de mayor desesperación, afirma en su diálogo interno: “nadie puede robar el alma de otro si la víctima no lo consiente. ¡Y yo, no lo consiento!”.

IV

No está de más insistir en que *A cada quien su merecido* ofrecerá –al transitar por sus páginas– un testimonio real de cómo la esperanza en la justicia, permitirá sobrevivir y resistir sin caer en la resignación, libres de la tentación de creer que nos merecemos lo que nos está ocurriendo.

Finalmente, destierra la amargura y evita la obsesión por la venganza que hace descender al nivel de quién infringió el daño. Simplemente denuncia lo que una tiranía representa: dolor, sufrimiento, represión y destrucción, lo cual debe quedar en la memoria colectiva; llevado por la convicción de que nunca más debe prevalecer ese pensamiento en la humanidad. ¡Nada lo justifica!

Al mismo tiempo aboga por construir y fortalecer los lazos de fraternidad, hermandad, solidaridad, honestidad y cooperación; de amor y equidad entre los hombres y mujeres que habitamos este planeta llamado Tierra.

El ejemplo de vida de Alfredo Rodríguez, y los valores que resaltan en su comportamiento, incrementan la trascendencia de *A cada quien su merecido*, impulsando al Tecnológico Nacional de México a poner la obra, a través de la presente edición, en las manos de un público amplio.

Es indudable la pretensión de fomentar la lectura, como la amable invitación a pensar sobre la conveniencia, sino es que la obligación, de vivir con gallardía y libertad.

Prof. Ramón Jiménez López
Director General del Tecnológico Nacional de México

**A CADA QUIEN SU
MEREcido**

Campo de *Buchenwald*, Alemania, enero 1944

Cómo me duele el cuerpo. Mi estómago vacío es un intolerable fardo pesado. No puedo decir dónde me duele más ni que dolor es más intenso: ¿el de mi cara tumefacta por los golpes? ¿Acaso son mis pies despellejados e infectados? ¿O es el dolor de mi alma que abandona mi cuerpo poco a poco? No soy de los que creen en una existencia superior por lo que me cuesta imaginar la existencia del alma. Pero aquí, se ensañan tanto en querer quitarnos esa famosa alma, que ya estoy convencido de su existencia. Hoy, debe ser domingo. ¡Sí así es, es domingo! Domingo por la tarde incluso, porque no trabajo. En cambio, no sé en qué fecha vivimos, a causa del agotamiento y del hambre, me percató de que he perdido el hilo del tiempo. Pero seguimos en invierno porque el viento frío hiela mi pobre esqueleto y exacerba mis dolores. La nieve cubre los miradores y las barracas se cubren de blanco. ¿Existe alguna otra estación en este infierno? Quizá no. No sé. Ya no sé.

Llegué en el mes de enero¹ pero aquí el tiempo que corre no es el mismo. Se olvida pronto el pasado y se trata de no pensar en el futuro, sólo cuenta el tiempo presente. Sobrevivir. Seguramente ese es el motivo por el que tengo la impresión de estar encerrado desde hace años, es un día en el infierno reiniciado eternamente. El domingo por la tarde toca reposo. ¡Finalmente! La muy leve pero vital liberación llega después de seis días y medio de trabajo extenuante, de pasar largas listas de asistencia en el frío glacial y penetrante, de recorridos de ida y vuelta entre la fábrica y mi bloque², sin olvidar los incesantes golpes.

No tengo ganas de nada, más que de descansar. De tenderme lo más posible en mi camastro, permitir a mi cuerpo el regenerarse. Pero me está prohibido, porque cierran la puerta del

dormitorio durante el día. Algunos se pasean afuera, van a los otros bloques. Otras se quedan en el comedor de su bloque, a dormir en los bancos. Algunos tratan de socializar y en ello ven la clave de su supervivencia. Es domingo, pero el aire es tan pesado como todos los demás días. El viento sopla en la dirección correcta el día de hoy, pero el olor reina en el aire, sigue muy penetrante y extraño. Este olor hizo huir a todas las aves. Recuerdo lo insoportable, insinuante y rancio que me pareció ese olor cuando llegué aquí. Me provocaba dolor de cabeza y horribles náuseas. Hoy, lo que es insoportable es conocer el origen de ese olor. No digo que me he acostumbrado a su carácter dulzón, pero forma parte de nuestro entorno y tenemos demasiadas cosas en que pensar. No somos nada. Sin embargo, es preciso ser, para no terminar como un simple olor que flota en el aire.

Creo entender que algunos de mis compañeros hablan de la posibilidad de encontrar algo que hacer para despabilarse. ¿Despabilarse? Me agota tan sólo pensar en esa palabra. Oigo a hombres, sobre todo a franceses, cantar, recitar textos aprendidos antaño de memoria, montar espectáculos, porque el hombre tiene esa imperiosa necesidad de mantener una vida intelectual. Cabe mencionar, mi interés anterior por eso mismo. Es una forma de lucha. Por desgracia, no tengo acceso a esa manera de luchar, porque no hablo francés y provengo de las minas de carbón españolas, por tanto, no conozco mucho de lo que la gente llama cultura intelectual. Y sin embargo, me interesa profundamente.

No comprendo, pero siento y aprendo. Siempre me gustó aprender y descubrir, pero no tuve la oportunidad de poder instruirme en ese tipo de cosas. ¡Oh, conozco muy bien toda la esfera política y sindicalista española!, pero es la única cultura que pude desarrollar hasta este momento. Mantener alta la moral de las tropas es esencial para ganar, pero cómo cabe esperar

mantener la moral en alto aquí. Cómo pensar en ganar cuando nos encontramos en sumisión total.

No obstante, hay algo que nos une a todos, es incluso lo que nos condujo a este campo: todos creemos en la libertad y en la igualdad. ¿Quizá sea ésta nuestra fortaleza? ¡La fraternidad! En grupo, tenemos más oportunidad de sobrevivir. Me ha sido posible observarlo, las personas individualistas, son aquellas que desaparecen más pronto. Formar parte de un grupo, es formar parte de una solidaridad, de la ayuda mutua. En todas las épocas, la fraternidad ha sido la clave de la supervivencia, trascendiendo con mucho estos alambres de púas. Internamente es el mismo caso. El viento glacial del Ettersberg sopla con ráfagas violentas, pero en el aire además del olor opresor se percibe algo más. Percibo el ligero soplo del cambio. Este viento es débil, frágil y tenue, tan sólo los deportados deben escucharlo, pero nos une a todos y aporta algo de calor. Si nuestros opresores percibieran tan sólo una brizna de ese soplo, esa brisa podría desfallecer y retomar su olor a muerte...

Hubo un antes y con certeza habrá un después, pero cómo esperar ese después cuando todo recuerdo se borra. Sé que aquí todo el mundo decide vivir el momento presente, el día a día, pero mi sentir es más bien que debo recordar. Recordar para luchar. Recordar lo que era, lo que soy. Todo en pro de la defensa de los derechos fundamentales. Aquí, la rebelión está en marcha y debo integrarme a pesar de la barrera del idioma. La rebelión está en marcha.

No somos sólo costales de huesos que apenas pronuncian diez palabras al día. No temer la muerte es el primer mandamiento del deportado. ¡No tengo miedo! Soy un hombre a quien han desnudado, golpeado, humillado, pero sigo siendo un hombre porque conservo mi propia dignidad. Vivir no es existir a cualquier precio. Nadie puede robar el alma de otro si la víctima

no lo consiente. ¡Y yo, no lo consiento! La deportación refuerza en mí la idea de lo que es el verdadero sentido de una vida humana: hay que luchar para salvaguardar esa capacidad mental que recibimos al nacer y que entregamos al morir. Todavía no me matan, aquí estoy y lucharé hasta el final.

Campo de Buchenwald, Alemania, febrero 1944

1944, llegada al campo de concentración de *Buchenwald*. « *Buchenwald* » significa « bosque de hayas » en alemán. Sí, porque aprendí unas palabras en alemán, en especial aquellas que es mejor no oír y aquellas absolutamente necesarias para sobrevivir. Las primeras palabras que oí fueron Schnell¹ y Achtung²: ahora las oigo a todo lo largo del día y forman parte de mi vida cotidiana. Pero las primeras palabras que aprendí y debía sobre todo reconocer fue *Vierzig tausend sechs hundert achtundvierzig*, o sea supuestamente ese es mi nuevo nombre: 40648 al decir de ellos. Desde la llegada al campo se nos retira nuestra identidad atribuyéndonos un número. Por tanto, es la primera palabra en alemán que cualquier deportado aprende muy rápido. Afortunadamente, entre deportados, nos llamamos por nuestros nombres y todos me llaman Alfredo. Por cierto, fue un compañero español quien me enseñó el significado de la palabra *Buchenwald*. Era su manera de mostrarme la ironía de la situación, porque el sitio donde nos encontramos no se parecía en nada a un bosque, símbolo de la vida, sino más bien a un bosque habitado por la muerte. El verde de los árboles cedió el lugar a una palidez enfermiza, las ramas son delgadas, maltratadas y quebradizas, los troncos ya no parecen troncos y las raíces reptan por la superficie por una tierra sumergida en cenizas.

El viento del diablo sopla permanentemente helándonos y haciendo volar nuestros escuálidos cuerpos. “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”. El trabajo es duro en el campo porque la vida se nos escapa sin que podamos retenerla.

¹ Rápido

² Atención

Hay diversos tipos de asignación para el trabajo. Hay los comandos internos, es decir grupos de prisioneros a cargo del funcionamiento del campo, por ejemplo, como las cocinas. Hay los comandos externos del campo, que a su vez se dividen en dos: el comando de las fábricas de armamento situadas en el exterior del campo y el comando de las minas a cielo abierto.

El trabajo en las minas a cielo abierto es el peor y son sobre todo los judíos los asignados a ese sitio. Hay una verdadera diferencia entre el trato reservado a nosotros y a los judíos. El trabajo en las minas a cielo abierto consiste en romper, tallar, dar forma y transportar bloques de piedra calcárea, todo ello con herramientas por demás rudimentarias. Ni siquiera dinamita, sólo picos. Todas las etapas de la labor se efectúan únicamente con la fuerza de los brazos. Para el transporte de las piedras, los SS enganchan a los deportados como caballos a una carreta y los fuerzan a cantar a todo lo largo del camino. Desde nuestra llegada al campo, los SS nos reducen al estado animal para mostrarnos que no valemos nada, pero manifiestamente hay personas que todavía valen menos que nada y esas personas son las de las minas a cielo abierto. Como resulta suave y simple no ser nada. Tan sólo un hombre más, un pobre hombre más. Una silueta entre otras tantas. Una sombra. Pero no debo desanimarme. Hago de la lucha por la libertad mi armadura.

Puertas del campo de *Buchenwald*, Alemania, 1945



Carabanzo, España, 1915

Este *buchenwald* no se asemeja en nada a mis Asturias: verdes de vegetación y negras de minerales en algunos sitios. Las Asturias son una región española donde se produce un encuentro perfecto entre la montaña y el océano, pero yo vivo en el corazón de las montañas. Mi pueblo está como colgado en la ladera de una de esas montañas, que en sí están cubiertas por momentos por un terciopelo verde o por un espeso abrigo blanco. Vivo en *Carabanzo*. Mi pequeño pueblo tiene todo lo que suele tener un pueblo montañoso. Consta de casas blancas con tejados de tejas rojas, apretadas unas contra otras, de granjas que con frecuencia se encuentran dentro de las casas, otras granjas elevadas para proteger las cosechas de la nieve, una pequeña iglesia, un lavadero y senderos de tierra. Hay también un Palacio en ruinas, pero que da una imagen pintoresca al pueblo. ¡Una verdadera tarjeta postal! *Carabanzo* es un verdadero pueblo montañoso conformado por hombres y mujeres tenaces que luchan contra los elementos, los inclementes y largos inviernos. ¡Cuanto frío sentí ahí! Y sin embargo, *Carabanzo* es un pueblo cálido gracias a sus habitantes. La fraternidad constituye el corazón mismo de mi pueblo. Somos como una gran familia, todos se conocen y todos se ayudan. En realidad, con frecuencia somos de la misma familia.

Todos los domingos nos vestimos con nuestra mejor ropa para divertirnos, jugamos a los bolos, cuyo objetivo es lanzar la bola rodando desde el enlace hasta la losa para derribar el mayor número de bolos y lanzarlos lo más lejos posible u organizamos loterías. Yo toco el acordeón.

Cuando se festeja nuestro cumpleaños, es costumbre ir a tocar a todas las puertas del pueblo y ofrecer a beber, muchas veces sidra, y compartir ese momento de festejo. Es un pueblo muy

alegre y jovial con mujeres, que cuando no se están gritando, cantan en el lavadero o en la calle. Millares de olores me vienen a la memoria. El olor de la ropa limpia cuando pasaba por el lavadero. El olor de los colchones que se rehacen regularmente, hechos de hojas de maíz.

El delicioso olor de los buenos platillos cocinados a fuego lento a todo lo largo del día. En este instante el recuerdo de ese último olor se transforma en dolor porque tengo mucha hambre. Pero pasemos a otro tema. Mi madre Sofía me trajo al mundo en este pueblo el 18 de febrero de 1911. En la familia de los Rodríguez Velasco somos cuatro hijos: Germán, José, Consuelo y yo. Germán es alguien muy brillante; José, alguien muy discreto, y Consuelo es muy delicada. Mi madre fallece cuando aún soy todavía muy pequeño y a partir de entonces tuvimos que redoblar los esfuerzos para vivir. Mis dos hermanos se fueron muy jóvenes a trabajar en la mina porque no teníamos ni tierras ni ganado para vivir. Mi hermana se convirtió entonces en la única mujer de la familia, así que partió a vivir con nuestras primas del lado materno para poder aprender buenas maneras y estar rodeada de mujeres. Mi padre, José, no trabaja. A veces cuidaba algún ganado, pero se quedaba ocioso la mayor parte del tiempo. Yo, me quedé con él en las montañas glaciales mientras mis hermanos traían dinero para alimentarnos.

Casi todos los hombres de *Carabanzo* trabajan en la mina de carbón. La mina no está situada en el pueblo, los mineros deben caminar una hora entera en las montañas para llegar a ésta. Pero es el trabajo más accesible en esta región cuando no se poseen tierras o ganado.

Trabajar en la mina y cuidar el ganado de otro. *Carabanzo* está poblado por trabajadores recios de rostros ennegrecidos por el carbón y cuerpos algo deformados por el trabajo. Los mineros del pueblo regresan casi siempre todos juntos a *Carabanzo*

después de una larga caminata a través de la montaña. En ocasiones, de noche con una pequeña lámpara de petróleo, a veces de día según su turno. Su entrada en *Carabanzo* es muy impresionante porque llegan al pueblo en grupo y como no pueden lavarse al salir de la mina, están cubiertos de carbón con los rostros totalmente negros. En *Carabanzo* la lucha por sobrevivir es muy distinta de la que vivo aquí. Allá, la lucha es natural y normal, aquí es vital y difícil. Nosotros, los asturianos, somos famosos por nuestro perpetuo deseo de mejorar la situación.

Siempre hemos sido los primeros en luchar contra todo lo que se considera una opresión. Pero aquí, ser asturiano no suscita miedo. Sin embargo, la lucha la llevo en la sangre, lucho conservándola en mente. A pesar del salario de mis dos hermanos, carecíamos gravemente de dinero. Por lo tanto, nos fuimos los cuatro a vivir a un inmenso castillo en ruinas, *el Palacio*. ¡Cuanto frío sentí en ese lugar! Sin duda era un techo sobre nuestras cabezas, pero el viento y el frío atravesaban los muros húmedos y no teníamos absolutamente nada para protegernos. Hasta cumplir los doce años me quedé con mi padre. Me paseaba con él en suecos por la montaña, cuidaba ganado con él, tenía frío con él. Mis hermanos con frecuencia se ausentaban, trabajaban mucho para poder traer algunos centavos y cuando estaban en el pueblo preferían pasear con los compañeros y distraerse. Sin madre, sin una verdadera familia, era un niño solitario. Creo haber empezado desde esa edad a reflexionar lo que deseaba hacer con mi vida.

Ya no quería tener frío, no quería ser un campesino ni un minero. Decidí que quería una vida menos sujeta a los azares del clima, una vida que me permitiría sostener a mi familia correctamente, tener acceso a la educación.

Trato aún de recordar esos pensamientos porque me llenan el corazón de valor, pero ya no soy un niño y la horrible realidad prevalece sobre la esperanza. Aquí, me es casi imposible volver a pensar en un pasado tan lejano, inclusive me es casi imposible pensar. Para vivir, se debe pensar día con día porque se desconoce que funesta sorpresa nos reserva el mañana o incluso si veremos el mañana. Trato de ubicarme para saber quién soy... para comprender lo que debo hacer. *“Jedem das Seine”*, *“A cada quien su merecido”*.

Carabanzo, España, agosto 1915

En 1923, se casaron mis hermanos y a partir de entonces debían ocuparse de su propia familia, así que tuve que sostener a mi padre. A la edad de doce años, me fui a trabajar. La mina era el único trabajo accesible para mí. Me convertí en uno de esos rostros negros asturianos enfrentando la dureza de la mina. Entregaba a mi padre el escaso dinero que ganaba, y él hacía con el dinero lo que le placía. Por ser un niño pequeño y ligero, formé parte de los que bajan primero al fondo de la mina para abrir el camino y tuve la suerte de no ser “picador”⁴. Pero cuanto más pasaban los años, más sentía la necesidad de salir de las tinieblas que alberga esa mina. Por ese motivo muy pronto me convertí en hombre y tomé decisiones importantes para protegerme. Mi primera decisión en ese sentido fue afiliarme en 1923 al sindicato de obreros mineros de la Unión General de Trabajadores (UGT). Esta decisión fue para poder participar en las mejoras de las condiciones de trabajo de mis compañeros y por ende de mí mismo. Después, desde 1925 me afilié a la propia Unión General de Trabajadores, a la edad de 14 años.

Mi segunda motivación fue iniciar estudios para ser capataz como mi hermano Germán. Sabía que estaba hecho para algo diferente que picar, entonces busqué los medios. Me incliné por dos soluciones, porque debía encender mi propia luz al final de ese túnel negro y sin fin. Mis días prosiguieron con una cadencia entre la mina, los cursos nocturnos y las reuniones sindicales de la Unión General de Trabajadores.

4. los que escarban la mina

Necesitaba ser capataz, porque en la mina veía morir uno tras otro a los trabajadores mayores que yo, ¡siendo aún tan jóvenes! Hay un mal que corroe a todos los mineros desde el interior y nos mata porque en *Carabanzo* no había medios para atender nuestra salud. Por tanto, la luz era vital y necesaria para luchar. Debo decir que me apasionaba el sindicalismo y sobre todo la política.

Me gustaba trabajar con esas mentes y me agradaba pensar que ayudaba a construir una España mejor. Con todas esas actividades hasta tenía tiempo para divertirme con mis amigos que no estaban politizados. E incluso la alegría de encontrar a mi mujer, María. El matrimonio en absoluto formaba parte de mis proyectos, no antes de los treinta años, porque primero deseaba estudiar y vivir. ¡Por qué no incluso viajar! Pero como todo hombre que planea estratégicamente su porvenir, omití un dato esencial y lejos de ser racional: la vida. María se embarazó en 1935, por lo que nos casamos para hacer las cosas como se debe. Mis proyectos esperarían, y además amaba a mi María. Por desgracia, la miseria y la guerra me impidieron asegurar mi porvenir, nuestro porvenir. No terminé mis estudios y tuve que abandonar todo.

Campo de *Buchenwald*, Alemania, marzo 1944

“*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”, eso es lo que se lee en la reja de entrada del campo. Como para recordárnoslo cada vez que nuestra mirada vaga en su dirección, como para incitarnos a ya no pensar: estamos ahí porque somos inferiores, no somos nada. Es conveniente ubicar a unas personas ahí y otras en otro lado, así es como se nos martillea continuamente que no todos somos iguales. Jamás aceptaré eso. Jamás me abandonaré. Jamás me quedaré a calentarme cerca del fogón y jamás cesaré de luchar. Aquí, hay dos categorías de personas: los judíos que sufren más torturas de las que un ser humano puede imaginar, y los oponentes políticos. Yo, soy un oponente político español. Tengo mi nombre cosido en la ropa «40648». Mi mente y mi corazón funcionan al unísono con el fin de lograr que cese todo este horror, pero mi cuerpo padece la dureza del campo: las condiciones de trabajo y de vida, los perros pastores alemanes, los SS, todos están en contra de nosotros. Van moldeando nuestros cuerpos para volverlos fantasmáticos y nos veamos como ellos nos ven, dado que para ellos no somos nada. “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien merecido*”.

¡Alfredo! Me llamo Alfredo. Soy republicano y español. ¡Eso es lo que soy y eso es lo que debo recordar cada día! Soy español y eso a pesar de la vergüenza que cubre la tierra de España desde 1939. Soy republicano español, testimonio de mi compromiso político, pero sobre todo ideológico: creo en la libertad, en la igualdad y sigo convencido de que España muy pronto recobraré esa libertad. ¿Quizá ya se logró?

Hace ya mucho tiempo que no recibo noticias del exterior. Hablo de noticias ciertas, porque mediante los altavoces del campo, los nazis no dan información sobre el avance de la guerra y esa información está en alemán, está censurada y con frecuencia son mentiras al servicio de su causa. Aquí somos pocos españoles, por lo que me es difícil procurarme noticias del país.

Conozco algunas palabras en francés, pero no lo hablo bien. No obstante, no estoy aislado porque algunos compañeros españoles hablan con los compañeros franceses y me reportan las noticias. Aquí, los franceses son numerosos y se organizan muy bien en el campo. Tienen una red que les permite ayudar a ciertos compañeros en mala situación, a obtener más comida o a brindar algo de esperanza, de fraternidad. Organizan la ayuda mutua en el campo. En mi opinión, organizan nuestra supervivencia.

Carabanzo, España, febrero 1936

Asturias patria querida, Asturias patria del socialismo. Eso es lo que se dice en mi región. Desde 1890, se crea el partido socialista y en 1910 el sindicato de mineros. Nuestra región consta principalmente de mineros y metalúrgicos, estamos ávidos de justicia social. Nuestras difíciles condiciones de vida y de trabajo encuentran terreno propicio para el florecimiento de las ideas socialistas. Con mis compañeros asturianos somos las piedras de esas montañas y ¡tenemos sed de justicia y libertad! Hemos luchado sin aflojar y toda España nos mira: algunos nos admiran, otros nos temen. Y tienen razón de temernos. Desde 1923, España se encuentra bajo el yugo de una dictadura encabezada por *Miguel Primo de Rivera*. Este General, después de un verdadero golpe de estado con el apoyo de *Alfonso XIII*, suspendió la Constitución, prohibió los partidos políticos y empobreció a España en el sentido más amplio del término. El aliento republicano renace con mayor fuerza por ese motivo. Se reprime el sindicalismo del partido comunista español pero el Gobierno tolera la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista Obrero Español para mantener cierto contacto con los dirigentes obreros.

Después de la crisis económica de 1930 y después de una lucha encarnizada, se proclama la Segunda República Española en 1931. ¡Yo estaba ahí! Yo sostuve la urna de las elecciones. Yo vigilé el respeto del sistema democrático porque nuestros oponentes trataron de hacer trampa para que no se proclamara la República.

Como prueba, durante la jornada electoral oigo que votó *Consuelo Rodríguez*. Levanto la cabeza para ver a mi hermana, pero esa mujer no se parece en nada a mi hermana. Pregunto al que anuncia los nombres de los votantes, que sostiene la tarjeta

de electora de esa mujer, cuál es el segundo apellido de esa mujer y me contesta *Rodríguez Velasco*. ¡Escandaloso!

Esta mujer usurpó la identidad de mi hermana para votar en contra de la República. ¡A dónde fue a caer! A pesar de esas irregularidades, la República venció. Para los militantes republicanos, esta victoria dio nacimiento a la República de nuestras más anheladas esperanzas. Pero la realidad resurgió rápidamente y la República no cumplió con sus promesas. España continuó funcionando como monarquía y muchos españoles ni siquiera notaron la abolición de la monarquía. Esta segunda República la pudren desde su nacimiento esos hombres corruptos por el ansia de poder y de dinero, que prefieren perdurar un sistema deficiente mas no perder el control. Siendo parte de la Unión General de Trabajadores traté de todos modos de aportar mis piedras para construir una mejor República, una mejor España. Una España libre y más igualitaria. Una España en donde los ricos compartieran con los pobres y en donde ya no existieran escisiones. Una España en donde en realidad ya no hubiera ni ricos ni pobres, sino más bien un solo pueblo orgulloso y unido.

Nosotros los mineros, disponíamos de armas y dinamita, pero nuestra mejor arma para ayudar a alcanzar esa finalidad era nuestra organización. Apasionado por ese combate por la libertad y sobre todo por la igualdad, apasionado por la política, me inscribí en la escuela de verano de la juventud socialista en 1933. ¡En 1934, ya es el colmo!

Decidimos rebelarnos y creamos la República Socialista Asturiana en *Oviedo*. Por fin las Asturias están gobernadas por el pueblo. Se establece un verdadero sistema republicano y sirve de modelo a toda España, que ligeramente tiende a imitarla. En 1935, se crea el Frente Popular, una unión de todas las izquierdas de España, como respuesta al crecimiento del fascismo

alrededor de nosotros con miras a las próximas elecciones. El Frente Popular encierra en sí la esencia misma de nuestra lucha y tiene el objetivo de establecer una verdadera España republicana. Desde 1933, el Gobierno en el poder no deja de acumular escándalos políticos y financieros. A cada escándalo, cambia el Gobierno. En febrero de 1936 se celebran las elecciones generales, es la tercera vez que votamos desde 1931 para elegir a nuestros representantes en las Cortes, esto muestra claramente la inestabilidad política y el descontento que reina. Cuando nadie se lo espera, el Frente Popular gana las elecciones de 1936. ¡Inmensa alegría! Todavía siento el calor embriagante de la victoria que me embarga en ese instante. Cuan bueno es recordar para vivir, mejor dicho, para sobrevivir. Sobre todo, porque esa alegría se immortaliza con el nacimiento de mi primera hija el 12 de abril. Decidimos que nuestra hija sería la guardiana anónima de esa gran victoria y la llamamos “Unificación”.

Pero la sombra de un mal presagio planeaba sobre nosotros y sobre España: el cura nos obligó a cambiar el nombre de nuestro símbolo, considerado demasiado controvertido por la Iglesia. No soy creyente, pero el bautizo es una costumbre que se ejecuta casi por hábito. Unificación se convirtió en Purificación.

Viendo hacia atrás, pienso que forzarnos a cambiar el nombre de nuestra hija fue un presagio de desgracia, ¡quien cambia el nombre de un símbolo porque es muy controvertido si no es por opresores!

Campo de *Buchenwald*, Alemania, abril 1944

Debo sobrevivir, debo luchar aún más y más sin descanso, sin tregua. Aquí, reina el terror, pero después de todo, ruge un viento de rebelión, es muy extraño. Tengo la impresión de compartir algo más que la horrible realidad de cada día. Tenemos un deseo común, pero no logramos expresarlo porque el hambre y el agotamiento están demasiado presentes. Después de todo, seguramente es lo que también desean estos bárbaros, impedimos pensar porque quien piensa ya es alguien, ¡y nosotros no somos nada! “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”. Divago, me parece darle vueltas en mis reflexiones, pero es que tengo tanta hambre y estoy tan cansado.

Estoy en el bloque 14 en el Campo Grande. A mi llegada estaba en el bloque 52 del Campo Pequeño. La diferencia entre los dos campos es sencilla: el Campo Pequeño se reserva a quienes deben vivir en las peores condiciones. Los bloques de esa sección no tienen agua ni lavabos y aún menos mingitorios o retretes, los prisioneros deben ir a una barraca especial llamada letrinas. Está prohibido ir de noche. En el día está prohibido entrar en el bloque. El bloque 52 es muy oscuro como todos los bloques. Consta de tres niveles de camas. Somos más de mil apiñados en nichos de dos metros de largo por uno cincuenta de ancho y cincuenta centímetros de altura. Nos aglutinamos cinco o seis, compartimos la misma cobija entre tres y dormimos pies con cabeza, cuerpo contra cuerpo. Y esto para los más suertudos porque somos tan numerosos que algunos deben dormir en el suelo en el pasillo central. El bloque 14 del Campo Grande es diferente.

Seguimos apiñados, pero tenemos espacios de día con una especie de comedor, lavabos y retretes. El *blockâltester*, es decir el detenido a cargo de dirigir el bloque es un antifrancés en un

bloque casi compuesto esencialmente por franceses. Pero no es demasiado duro y se contiene. Reina un ambiente relativamente bueno en mi bloque lo que genera pocos robos.

De todos modos, estamos como pollos encimados en un gallinero listos para morir. *“Jedem das Seine”*, *“A cada quien su merecido”*.

Carabanzo, España, abril 1936

La victoria del Frente Popular toma por sorpresa a todos los demás partidos políticos: la derecha, las monarquistas y los militares no oyeron elevarse nuestra voz. Ganamos las elecciones, pero no todos se incorporaron, desde el nacimiento del Gobierno, se le ataca por todas partes y sobre todo por los militares. Nacen conspiraciones en casi todas partes del país y no estamos en condiciones de detenerlas. A las conspiraciones se suman hasta algunos traidores de nuestras propias filas. Los militares están descontentos y nos atacan sin disimulo. El ejército está casi todo unido a la causa nacionalista. Tratamos de luchar, pero la mayoría del pueblo no tiene armas. Por temor, el gobierno rehúsa hasta el final darnos con qué defendemos e intenta todas las conciliaciones pacíficas posibles. En ese momento, nadie piensa en que tan solo empieza la guerra. Durante meses, hay enfrentamientos entre campesinos y guardias civiles. Hay expropiaciones de tierras, así como feroces huelgas.

En julio de 1936, una insurrección militar, encarnada por el *General Franco*, nace en el Marruecos Español. Ya no tenemos opción. Inicia la lucha armada para defender a la República. La guerra estalla el 5 de agosto de 1936, cuando *Franco* desembarca en Andalucía con sus tropas. La víspera, el Gobierno decide darnos armas. Si tenemos una credencial de sindicalista, tenemos derecho a un arma. Es así como obtengo mi primer revólver. Verdadero símbolo de una nueva era. Una era de violenta lucha entre hermanos. Mi revólver se convierte, a pesar mío, en la prolongación de mi lucha. Mis ideas ya no bastan.

Mi revólver, así como mi credencial de afiliado, me definen de ahí en adelante. Si estoy en favor de la República, debo usar el revólver que me proporciona para defenderla. España se escinde en dos y cada militante lucha contra su propio hermano sin sentimientos. Nuestra sangre se vuelve azul o roja y hierve en nuestras venas. La división es brutal y sin apelación: se ha iniciado la lucha a muerte por la supervivencia ¡Cuántas veces estuvieron a punto de matarme esos miserables! Pero soy listo y jamás me mataron a pesar de todos sus intentos. Los nacionalistas deseaban mi muerte y tenían razón, ¡porque yo deseaba callarlos! ¡Jamás frenaré la lucha! Vivir para luchar y luchar para vivir. Con el fuerte aumento de los nacionalistas, se crean milicias. Del lado republicano, las milicias están conducidas por los sindicatos y los partidos políticos del Frente Popular. Por desgracia, hay descarríos y ciertas milicias eliminan fríamente a todos los oponentes o supuestos oponentes, pero estas milicias sedientas de sangre existen en los dos campos. Por mi compromiso con la causa desde el principio, se me conoce en mi pueblo y aún en las montañas. No puedo disimular mis convicciones. Es como si todo el pueblo ya no me viera como el que soy sino como un enorme objetivo rojo. Ya no soy *Alfredo*, el vecino, el compañero, el primo ni siquiera el hombre, me convierto en el rojo a quien hay que matar.

En ese momento, sólo quedaba escoger entre entrar en esa escalada de violencia armada al lado de los republicanos o esconderme y luchar por mi vida. Decidí incorporarme al ejército del norte para rechazar a los opresores de la libertad. Defiendo voluntariamente el norte con mis compañeros. El Gobierno crea un ejército paralelo que llama Ejército Popular de la República.

Estamos organizados como el otro ejército e incluso recibimos un sueldo. Se me asciende a teniente y ayudo a la defensa de Asturias. Sabemos que los nacionalistas llegarán a nuestras tierras y debemos prepararnos. Nuestra mejor táctica es evidente y se basa en la columna vertebral de Asturias, la cordillera cantábrica. Nuestra región muy montañosa es una verdadera ventaja para nosotros. El macizo de los Picos bloquea el sureste de nuestra región con el pico de *Torre de Cerredo* que culmina a 2,650 metros. Debemos apoyarnos en el relieve y en el clima para vencer a los nacionalistas. Si los nacionalistas llegan en otoño, incluso en invierno, podremos detenerlos en el frío, la niebla y la nieve.

Pero esta ventaja es un arma de doble filo porque si bien conocemos de memoria cada piedra de nuestras montañas, también padecemos por la naturaleza. El clima y el relieve también causan problemas de comunicación. Por tanto, no podemos basar todo en esa ventaja. Las decisiones del Gobierno Español tardan en llegar hasta nosotros. Además, las democracias occidentales votan un pacto de no intervención y optan por la neutralidad en nuestro conflicto. ¡Qué conmoción! Con esta decisión de agosto de 1936, Francia y el Reino Unido, a la cabeza, optan por integrar en el mismo rango a la República, al régimen oficial de España y a los golpistas. Nosotros los asturianos, decidimos ya no esperar ayuda del exterior ni órdenes del Gobierno Republicano. Creamos el Consejo Soberano de Asturias y León. Este Consejo integra bajo su única autoridad todos los recursos de la República en el Norte, incluyendo a las autoridades de los Consejos Generales de Defensa de Santander y de Euskadi, pero sobre todo al conjunto de tropas republicanas.

El Consejo de Asturias y León se proclama el 6 de septiembre de 1936 y se vuelve soberano el 24 de agosto de 1937.

Los nacionalistas llegaron en septiembre a nuestras fronteras y luchamos hasta el trágico 21 de octubre de 1937. Después de la batalla de Santander del 25 de agosto de 1937, nuestras tropas se vieron obligadas a retroceder hasta Asturias, último bastión republicano del norte de España. En el plano militar, creo que las dos batallas decisivas para la derrota del Frente Norte fueron la batalla de Mazuco y la batalla de Sella. En realidad, estas dos batallas muestran la diferencia monumental entre los dos ejércitos. Perdimos estas batallas porque los nacionalistas eran dos veces más numerosos y muy bien equipados. Nosotros sólo poseíamos un armamento improvisado muy heterogéneo. La improvisación militar del campo republicano fue nuestra mayor debilidad. Sabíamos luchar, pero no sabíamos combatir. Éramos impotentes ante un ejército profesional. Pero de todos modos luchamos.

Nuestra unidad fue nuestro deseo de libertad y eso nos dio alas. Por su superioridad numérica, los nacionalistas nos rodearon atacando desde varios frentes a la vez: desde *Santander* y desde *León*. El mar era nuestra única salida. Entre agosto y septiembre, luché en el frente oriental con los vascos y la marina. El 9 de septiembre se nos envía para reforzar la posición en *Mazuco* en la *Cuera*. La víspera los compañeros habían sufrido varios reveses importantes con la intervención de la aviación alemana. Los compañeros eran de por sí poco numerosos en relación con el monstruo nacionalista, pero así se encontraban casi aniquilados. La guerra adoptó una nueva forma. Con la intervención del exterior, ya no era civil. A decir verdad, con la intervención de los marroquíes, de los portugueses desde el inicio de la guerra, no creo que alguna vez esa guerra fuera civil. Como nos dispersamos en la montaña, los nacionalistas no podían bombardearnos.

Sin embargo, los aviones de sus aliados podían detectarnos fácilmente. Esta unión de los últimos batallones republicanos

resultó poco eficaz. Muy pronto la resistencia se mostró imposible. En cuanto se disipaba la espesa niebla, los nacionalistas atacaban y no nos daban tiempo de contraatacar.

La batalla de *Mazuco* se convirtió para los republicanos en una defensa imposible ante el gigante nacionalista. A pesar de nuestra inferioridad numérica y nuestras constantes pérdidas de hombres resistimos mes y medio. Pero lo largo de esta batalla nos fue adversa. Poco a poco se redujeron nuestros hombres y nuestro armamento. Los nacionalistas ganaron el último bastión republicano del norte el 21 octubre de 1937. Mi batallón se disolvió y fue cuando tuve que escoger. Escoger entre ser enrolado por fuerza en el ejército nacionalista, padecer el terror blanco, ser prisionero en un campo franquista o esconderme. Decidí esconderme y formar parte de la guerrilla. Mantendríamos la resistencia encubriéndonos. Recordaré siempre estos sucesos, porque este segundo giro de mi vida está señalado por el nacimiento de *Consuelo*, mi segunda hija, el 27 de octubre.

En febrero de 1936, después de la victoria del Frente Popular, creí en la felicidad, en la libertad. Esperaba ya no tener que hundirme en el antro de polvo negro. Soñé un mundo más justo, soñé poder proporcionarles el pan a mis hijos. Y llegó *Franco*. Junto con mucho otros, grité ¡no pasarán!³ Luché tanto como pude. Creí mil veces morir, pero llegaron hasta Asturias y a pesar de la resistencia de los mineros republicanos, ¡ganaron los republicanos! Empecé a montar un plan a escondidas.

En un principio me mantuve discreto. Evidentemente, la guerra entre hermanos no dispensó a mi pequeño pueblo. Ya no bastaba con ser discreto, de ahora en adelante debía esconderme y borrar toda huella de mi presencia en *Carabanzo*. Por

³ Eslogan republicano con referencia al discurso de Dolores Ibarruri Gómez en Madrid asediado.

desgracia, muchos mineros que ayer eran hermanos en la supervivencia, de un día para otro se volvieron enemigos, olvidando lo que los unía. Algunos se sometieron por miedo y prefirieron cambiar de campo. La división estaba por todas partes y ya sólo confiaba en *María*, su familia y la tía *Sofía*, mi madrina.

Un año. Permanecí escondido un año sin que persona alguna sospechara mi presencia. Al principio, me quedé en el corazón mismo del pueblo, en casa de mi madrina. *María* y yo vivíamos en un sitio donde se ubican cuatro casas, casi pegadas unas con otras, formando un cuadrado de casas. En ese cuadrado de casas, estaban sus padres, *Jesusa e Ignacio*, sus hermanos y hermanas, pero también mi madrina y sus hijos. Nuestra casa estaba casi pegada a la de mi madrina. El espacio entre las dos casas era tan pequeño que podía brincar por mi ventana para llegar al granero de mi madrina. Ahí, fue donde decidimos esconderme. Pero un granero es grande, con escasas paredes y si alguien exploraba en la granja, no tenía lugar alguno donde esconderme. *Sofía* y sus hijos, *Bautista y Encarna*, planearon construir para mí un lugar seguro, un escondite en ese granero.

Optaron por ayudarme y protegerme sin importar el precio. Una decisión muy valiente y generosa, porque si me aprehendían, se les ejecuta igual que a mí. Los tres vivían en la planta baja. Había una escalera de madera que subía al granero. En este granero, había un pasillo largo que comunicaba con diferentes cuartos abiertos

Uno de esos cuartos daba acceso a mi casa a través de la ventana, porque nosotros vivíamos en el primer piso. A unos cuantos centímetros del muro de esa ventana, construimos una pared falsa. Protegido por ese subterfugio, pero también por un armario, tenía la posibilidad de entrar rápidamente en mi escondite si alguien entraba a hurgar en el granero. Salía todas

las noches a ver a mi familia y regresaba al escondite cuidando que nadie me viera pasar por la ventana o sospechara mi presencia. Llevaba siempre conmigo dos granadas y un revólver. No soy una persona violenta, pero no me rendiría fácilmente, era una cuestión de honor, de lucha y de principios. Sin embargo, dado que mi escondite estaba en el centro de donde vive mi familia, era evidente la inutilidad de mis granadas si me aprehendían en el granero. Pero las conservaba y ya vería. Nadie debía saber que aún estaba en *Carabanzo*, porque esa guerra era pérfida.

Pero después de varios meses de disimular mi presencia, fui imprudente. Una noche, al bajar al pueblo, me topé cara a cara con mi prima, mi corazón dio un brinco, me habían descubierto. ¿Qué haría ella? ¿Iría a pedir socorro, a huir o a abrazarme con ternura como señal de su profunda inquietud? A mi prima también le sorprendió mucho verme en *Carabanzo*, porque al igual que todo el mundo, me creía escondido en las montañas. Apanicada y aterrorizada a la vez, me preguntó apresuradamente lo que hacía ahí.

Curiosamente, su pánico y premura me permitieron tranquilizarme, su inquietud era sincera. Sin embargo, no podía descubrirme totalmente y le respondí que había venido a ver a mi familia, pero regresaba inmediatamente a las montañas. Me miró largamente con desesperación por el incierto porvenir de nuestro futuro encuentro y me abrazó, feliz de saberme con vida. Nos separamos.

Durante muchos meses permanecí rodeado por ese abrazo que me devolvió a la vida. ¿Acaso es llamar vida el vivir escondido? ¡No! Pero esa era la mía. Mis hijas apenas me conocían y mi mujer sufría con mis luchas.

Escondido, estaba escondido y nadie podía creer que alguien pudiera estar en un lugar de esos, ¿cómo una persona puede vivir

en un muro? En realidad, ¿lo que cabe preguntarse es por qué debe un hombre esconderse y vestir el pesado manto del secreto? Para seguridad de mis hijas, de mi madrina y de sus hijos, nadie debía saber que estaba ahí. Se acabó. Alguien sabe, todo debe cambiar aún si mi prima parecía sincera.

Campo de *Buchenwald*, Alemania, mayo 1944

Irme... ya me he escapado, o he tratado de escapar, de diferentes jaulas en las que se me ha querido meter en estos últimos años, pero allá... aquí... no. Nuestros días siguen siempre el mismo ritmo. En el Campo Grande, se nos despierta hacia las cuatro de la mañana con un silbatazo o al grito de «Aufstehen! ». Procedemos a lavarnos, vestimos, comer, hacer nuestro lecho y prepararnos para pasar lista en la mañana. La comida debe distribuirse en menos de treinta minutos y somos tan numerosos que falta tiempo y algunos se quedan sin comer. El *antreten* o sea la reunión para la llamada a pasar lista, sucede como a las cinco de la mañana al alba brumosa y siempre glacial del lugar donde nos llaman. Cada bloque tiene designado su propio sitio y se nos alinea por filas de cinco en cinco. Debemos responder al oír nuestro número y todos los números deben pasar revista antes de oír el *Fertig*, que indica el final de la revisión de la lista. Pasar lista en la mañana es muy rápido para dar lugar a una jornada de doce horas de trabajo.

Desde el principio se me asigna a la fábrica de armamento ubicada junto al campo. Trabajamos en línea como máquinas. Nuestro trabajo es sencillo, ensamblamos armas. Pero nuestra labor es pesada porque fácilmente se nos golpea para que vayamos más rápido y sólo tenemos treinta minutos de descanso en el día. Hacia las diecinueve horas inicia la revisión de la noche y no se sabe cuándo terminará. En la revisión de la noche, todos debemos estar presentes, incluyendo a los muertos. Se desarrolla en la plaza en la parte de arriba del campo, delante de la puerta entrada. “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su mericido*”.

Si no responde un número, los SS reinician la lista. Si alguien se mueve, los SS reinician la lista. Si alguien se derrumba, los

SS reinician la lista. Cualquier medio es bueno para hacer durar la humillación. En promedio el pasar revisión dura dos horas y media, pero hay días en que dura mucho más tiempo. Sea cual sea su duración, debemos permanecer de pie, sin movernos en el frío glacial aun si estamos agotados por nuestra jornada y por el hambre. Cuando termina el pasar revisión, debemos ver los castigos aplicados a los deportados que no respetaron la ley del campo durante el día y sólo entonces ya tenemos derecho a regresar a nuestro bloque. Debemos acostarnos vestidos tan sólo con nuestra camisa y dormir en silencio. Así es como pasan los días en el Campo Grande. “*Jedem das Seine*”, “A cada quien su merecido”. ¡Qué va! No puede ser que el destino de alguien sea el estar aquí, ¿no es de creerse? Además, el viento del diablo sopla y siento que no está lejos la rebelión. Se brincó la barrera del idioma y hablamos, pero esos perros, esas bestias rabiosas que sólo esperan un gesto para destruirnos, no deben enterarse de nada. Una vez más el secreto se adueña como cuando debía esconderme en España.

Carabanzo, España, noviembre 1938

Debo encontrar rápidamente una solución para protegerme, porque las masacres caen sobre Asturias. Se aplica una fuerte represión asociada a una depuración política. Los nacionalistas están organizados y los impulsa una sola idea: el poder pertenece a quien lo ejerce. Se inventa la voz del más fuerte para crear la voz más débil. Por primera vez en Asturias, logran arraigar ese absurdo. Ante mi mirada, fusilan, torturan y acosan a compañeros. Pronto decido irme a esconder en la montaña. Es la primera solución que encuentro. Esconderme en la montaña me permitirá solucionar lo más urgente, es decir borrar el rastro, pero también elaborar un plan. Quienes deciden esconderse son los militantes que luchan por la libertad. Si pueden evitarlo, no matan al enemigo. Podemos escondernos sólo por el esfuerzo aguerrido de nuestras mujeres. Ellas son quienes se enfrentan a los interrogatorios nacionalistas, ellas dirigen las casas y ellas también nos alimentan y transmiten nuestras informaciones. Podemos luchar gracias a las mujeres.

Por la noche, cuento con la noche para cubrirme y con las estrellas para guiarme entre *Carabanzo* y las montañas porque sigo yendo a ver a *María* y a mis hijas. Cambio con frecuencia de ubicación. Ni una noche dejo de ver a mi familia. ¡Pobre de mi familia! Mi hermano *Germán* se ha convertido en alguien respetado y trata de reunir dinero para mí, así como un pasaporte para que pueda irme a otra parte. Pero toma tiempo. Un mes después del encuentro con mi prima, cuando regresaba a mi casa, oí pasos acercándose detrás de mí.

De un salto me oculté detrás de un árbol, con mi revólver y mis granadas en la mano por si la lucha final tuviera que ser esa noche. Quizá la persona no me había visto y continuaría su camino. De cualquier modo, estaba listo. La sombra se acercó

poco a poco hacia mí con paso seguro y cuando se encontraba a dos metros, reconocí la silueta de mi primo Juan, que progresivamente se perfilaba. Todavía conmovido por la bondad y la calidez de mi prima, esperé que llegara a mi altura para estar seguro de su identidad y le llamé discretamente.

¡Salud!⁴

Juan se sobresaltó. Cuando me reconoció, noté la crispación de su rostro, creyó ver un muerto y no contestó salud. Mientras platicábamos, no dejó de gesticular en todas las direcciones, de mirar a nuestro alrededor y de huir mi mirada. Muy intranquilo, me dijo que debía estar loco de seguir en la comarca y que no debía permanecer porque la guardia civil estaba por todas partes y jamás fallaba un golpe en estos últimos tiempos. Su actitud me confundió y decidí no revelarle todo, así como fue con mi prima. Con tono tranquilizador, le anuncié que me iba a la montaña para ocultarme, pero cambiaba todas las noches de sitio. Para esta noche todavía no sabía aún dónde podía estar seguro. Juan me explicaba haber oído como muchos rojos fabricaban agujeros en la tierra y se enterraban, otros se hundían en las ruedas de los molinos, pero todas esas técnicas ya las conocía la guardia civil y siempre empezaba su búsqueda por ahí. Su término de «rojos» me llamó la atención y me molestó, pero seguí escuchándole con atención.

Me indicó un escondite y me suplicó ir ahí lo más rápidamente posible. Iría a buscarme al día siguiente para llevarme víveres, pero nuestros caminos debían separarse porque se aclaraba la noche. Después de todo un año aislado de toda relación humana, fuera de mi mujer y mis hijas, volver a ver a mi primo me hacía bien a pesar del miedo que me

⁴Buenos días entre los republicanos

embargaba. Seguramente por ese motivo, decidí confiar en él. Me dirigí al escondite y esperé el regreso de mi primo. Al día siguiente, *Juan* me trajo la comida más maravillosa, pan y morcilla. ¡Qué banquete!

Juan había cambiado de actitud desde nuestro primer encuentro, estaba más calmado y con mucha seguridad, volvía a ser mi primo. Debí haber temido por mí ayer y por eso estaba tan nervioso. Le conté mis aventuras y como me defendería si se me atacaban: mis granadas y mi revólver eran mis aliados. Hablamos de la situación de Asturias y terminó por alertarme acerca de mis salidas porque se me buscaba con ahínco. Feliz de estar en su compañía, yo tan solo, le dije que pienso irme a Francia en espera de que ganase la República. Me dijo que las montañas ya no eran seguras y que debía irme desde ese momento. Me aconsejó vehementemente tomar el camino del pastor para dejar a un lado las montañas, porque en las alturas había garitas de la guardia civil que mataban por turno a los rojos escondidos. ¡Una vez más me molestó el término! Pero traté de no prestarle demasiada atención. Con toda bondad, me dio una bolsa llena de víveres, me invitó a partir esa noche y una última vez insistió en que tomara el camino del pastor. Un abrazo y se fue.

Tomar el camino del pastor... Juan insistió mucho en ese camino, demasiado. Y ese término de «rojo» era muy desconcertante. Después de todo, numerosos son los miembros de una misma familia que se mataban. Y si pude esconderme durante meses en *Carabanzo* mismo, *Juan* podía muy bien ocultar sus intenciones. La insistencia me pareció poco normal y llegada la noche, seguí un camino de tierra que pasaba por arriba de ese camino del pastor. Reina un silencio de muerte. Los poderosos rayos de la luna llena arrojaron su luz... ¡sobre la infame traición de *Juan*! Desde las alturas, pude observar abajo, apostados en posición de tiro, a unos quince golpistas franquistas

esperándome. Un furor incontrolable me invadió y ya no pensé en mi seguridad ni en Francia, sino en ir a *Pola de Lena*, el pueblo de *Juan*, para pedirle una explicación. Con rabia toqué a su puerta y tuve mucho cuidado en simular llevar un arma debajo de mi gabán.

Después de cierto tiempo, me abrió su mujer todavía somnolienta. ¡Sorprendida y temblando al verme delante de ella! A pesar de sus súplicas y lleno de rabia,forcé la puerta y permaneci erguido delante de esa rata que aún dormía. Sorprendido de verme, siguió su juego, pero muy pronto lo detuvo mi ira y mi deseo de comprender. Juan dejó su arma porque pensó que tenía mis granadas debajo del gabán, empezó a balbucear y se volvió cada vez más miserable conforme exponía su alegato. Exhalaba tanta cobardía que me fui deseándole que jamás se cruzara con mi mirada.

Ya no cabía duda, tenía que partir. Dejar todo detrás de mí. ¡Después de todo, este exilio no duraría mucho tiempo porque vencería la República! ¿Y mi mujer? ¿Mis hijas? ¿Cómoirme sin ellas? Debían quedarse. Continuar sufriendo la ira de mi ausencia. Aquí, es la muerte quien me espera. Allá, es la vida.

¡No debiera ser más valiosa mi vida que mi muerte? Pero mi vida sin mi familia no lo era. ¡Cuántas viciosas torturas perturbaban mi mente! Debía partir. Si, debíairme a favor de la vida, huir de la muerte. Y desde esa segunda vida, seguiría luchando por mi mujer y mis hijas. Aquí ya no existía mi vida, fue aniquilada por la funesta derrota. El velo de la opresión cayó sobre nosotros después de abatirse sobre Alemania e Italia, pero estaba seguro de que no invadiría mucho tiempo a España. Es por ellas por quienes debía partir. Me había posicionado en Contra de *Franco* con ardor. Había luchado por la República. Continuaría haciéndolo. La división de España y la derrota de la República habían logrado que no pudiera ya contar con nadie.

Mi mujer, mi familia y mis hermanos eran los únicos en saber dónde me encontraba. Todos padecían horribles torturas para obligarlos a denunciarme. El tío de *María* era un jefe franquista. Se ensañaba con los míos para encontrarme. *Ignacio* estuvo en prisión para protegerme. A los hermanos de *María* los interrogan regularmente y recibían duras golpizas. *María* era interrogada permanentemente. Con frecuencia salía rodeada de oficiales y regresaba con esa mirada que ningún marido desea leer en los ojos de su mujer: esa mirada profunda y dolorosa del miedo.

Una noche, cuando iba a verla, me contó que la habían llevado a un puente y la habían colgado de los pies arriba de uno de esos torrentes característicos de la montaña, pero no había hablado. De todo eso, estaba orgullosa porque era prueba de su gran fuerza, a mí me daba vergüenza. Vergüenza de que tuviera que sufrir todo eso. Vergüenza. Pero ahora eran demasiados quienes saben que aún estoy aquí y la traición de mi primo sólo reforzó en mí la idea de partir y de partir rápido. No pude llevarme a *María* y a las niñas; era un viaje demasiado largo, demasiado peligroso y no era posible ir acompañado de mi mujer y mis dos pequeñas.

¿Si durante el recorrido me aprehendieran, me mataran? No quise exponer a mi familia a esa suerte. Empecé una última vez un regreso a *Carabanzo* para ver a mi familia y tomar todo lo que Germán había podido reunir para mi partida. Antes de regresar a mi casa, decidí deshacerme de mis armas, pues no era posible llevarlas conmigo en el viaje porque podían traicionarme. Fui a un escondite que conocía. Empecé a caminar por un sendero de tierra escarpado, oculto en la montaña, que conducía a una casa grande abandonada, el Palacio. Detrás de una piedra del grueso muro, deslice mi revólver y mis granadas aún cargadas. Las miré un instante porque renunciaba a mis medios de defensa más eficaces. Ese revolver me daba confianza y ahora estaba realmente solo.

Después de unos cuantos segundos, coloqué de nuevo la gran piedra en su lugar para esconder mis tesoros y emprender el camino a casa.

Abracé tiernamente a mis hijas y a *María* y con el corazón ensombrecido les dije que muy pronto estaría de regreso y que finalmente tan solo era un hasta luego. Mi *María* tenía los ojos inundados de lágrimas y su mirada traicionaba su miedo. Tomé el pasaporte que me había procurado Germán. Tomé el dinero que reunió, así como un uniforme franquista que había robado. De esta manera, pude viajar disfrazado. Esbocé una última sonrisa llena de esperanza y partí.

El Palacio, Carabanzo, Asturias, España, 1965



Carabanzo, España, diciembre 1938

Un largo viaje me separaba de la frontera. Una frontera símbolo del fin de la opresión, del principio de la libertad, pero ciertamente no del final de la lucha. Desde *Carabanzo*, decidí seguir la ruta del norte en dirección de *Oviedo*. Antes de partir, me vestí con el uniforme franquista. Así, pensaba poder cruzar ciertos controles. Porque ahora los controles estaban hechos para perseguir a los republicanos. Los nacionalistas no pedían la tarjeta de identidad cuando hacían el control, sino tu credencial de miembro sindicalista. La regla número uno para escapar al control era responder correctamente al saludo. Nosotros, nos saludamos diciendo «*salud*», ellos gritan «*arriba España*». Es la primera prueba por pasar un control. Para ir más rápido, hice lo posible por recorrer la mayor parte del camino en tren, pero la bicicleta y la marcha son también otros medios por los que transité porque los controles son menos frecuentes. No deseaba atraer la atención. ¡Qué lejos me pareció la frontera! Caminé mucho y cuanto más me acercaba más me invadía el miedo de ser desenmascarado. Mi última etapa hacia la frontera la efectué en tren. Destino *Arneguy*, un pequeño pueblo fronterizo, pero del lado francés. Agotado por mi recorrido y viendo el tren en calma, cerré los ojos para descansar. Unos minutos después un militar franquista se acercó para hablar conmigo.

¡Arriba España!

Mi sangre se heló. Un nada podía traicionarme, más aún que mi nerviosismo. Este militar se llamaba *Ricardo* y a pesar de su uniforme, era un vasco por demás simpático, sonriente y bromista. Dijo continuamente pestes contra los rojos. Su personalidad jovial y afable me permitió relajarme un poco y no darle la menor indicación de mis verdaderas intenciones. Nos dirigimos los dos al mismo destino.

Viajar solo, a pesar de mi uniforme, podía parecer sospechoso, por lo que decidí seguir en su compañía, que no es desagradable. Compartimos víveres rociados de un buen vino suyo. Contamos nuestras vidas, por supuesto él era más platicador. La mía era una trama de mentiras creadas con soltura. Rehicimos el mundo en un ideal por supuesto puramente franquista. Cantamos, reímos y pasamos verdaderamente un buen momento. Llegando a la estación, decidimos tomar una última copa juntos antes de separarnos. Entramos en un café. Sentí que me flaqueaban las piernas. El café estaba lleno de militares franquistas que nos saludaron. Mi voz se volvió trémula mientras gritaba a mi vez "*Arriba España*". ¡Estábamos cerca del *Nive*, río que forma la frontera con Francia, los franquistas estaban instalados en el sitio adecuado! yo también. Nos sentamos porque después de todo también éramos franquistas. Ordenamos vino y muy pronto nos interrumpió un sargento para interrogarnos. Tenía un tono agresivo y acusador. Sentí que me iban a desenmascarar. En un impulso de cautela y esperanza pedí permiso para ir al sanitario. Se me concedió el permiso. Entré en los sanitarios y la vi, ahí. Estaba ante mí, se encontraba la ventana imaginada durante ese horrible interrogatorio. La ventana que me devolvía la esperanza.

Decidí introducirme a través de la ventana. Lo logré y me puse a correr con todas mis fuerzas. Corrí lo más velozmente posible sin voltear jamás. Atravesé la carretera. Volaba a toda prisa por la ladera que me separaba del río. Me zambullí en el

torrente glacial. Poco me faltó para ahogarme en varias ocasiones porque alterné el nado y la carrera en el agua. Tropezaba con frecuencia y me dejé llevar por la corriente. Estaba cansado, pero debía continuar. Algunos tiros resonaron detrás de mí. Por fin, llegué a la orilla. Voltee. El famoso sargento franquista vociferaba contra mí, pero su voz se oía en la lejanía y el ruido de la libertad era mucho más ensordecedor. Estaba en Francia. Estaba a salvo. Era libre. Seguí mi camino y me dirigí hacia dos casas que vislumbé a lo lejos.

Cuando la suerte ya no debía haber sido parte de mi vida, toqué despreocupadamente la puerta de una de las dos casas vascas. Se abrió la puerta y surgió un inmenso tío. A pesar de mi disfraz, el vasco comprendió enseguida que era republicano. En su infinita bondad, me ofreció un techo para pasar la noche y me anunció que a la mañana siguiente me llevaría a la gendarmería. Este maestro me informó que debo haber nacido con una buena estrella que velaba sobre mi persona. Si hubiese tocado al lado, el vasco que ahí vivía me hubiera enviado de vuelta a España. ¡Ay, Dios mío! Por primera vez desde el inicio de la guerra, dormí un sueño profundo y apacible. Al día siguiente, el vasco me informó que antes de ir a la gendarmería debíamos ir a casa de uno de sus amigos quien también había albergado a un republicano esa noche. Entramos en la casa de su amigo y, sentado en la mesa, se encontraba *Ricardo*. ¡Qué magnífica sorpresa! Nos lanzamos abrazándonos.

Viajamos los dos bajo el camuflaje del uniforme franquista, pensando estar seguros con la máscara de la mentira y aterrorizados con la idea, de que nuestra verdadera identidad se revelara al otro. El miedo del viaje se disipó y estalló la alegría de estar con vida. Veía por última vez a mi compañero del tren. No sé qué fue de él. ¡Salud compañero!

Campo de Buchenwald, Alemania, junio 1944

¿Qué ha sido de mis hijas? ¿Y de mi mujer? Sus rostros permanecen gravados en mi memoria, pero deben haber cambiado tanto, hace ya seis años que no las veo. Si supieran donde estoy. No estoy en Francia como lo había planeado, estoy en Alemania y no soy libre sino encarcelado en un campo en donde trabajaré hasta que mi cuerpo ya no pueda seguir. Huir para no ser matado y aterrizar aquí, ¡qué ironía! “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”. No somos nada según ellos. Los nazis también internaron la muerte en el campo. Se ha convertido en compañera, quien también trabaja arduamente aquí. La muerte se ha vuelto en una presencia cotidiana. Ahí está al despertar cuando nuestro vecino sucumbe durante la noche y no se levanta de la cama. Ahí está cuando comemos y un compañero se derrumba en su plato. Ahí está cuando el pasar lista es largo y se derrumban los compañeros de por sí tan debilitados. Así está todo el día en el trabajo, ya sea porque un compañero ya no puede más o porque causó algún disgusto y se le mata a golpes o lo devoran los perros. Ahí está cuando regresamos a dormir. Y ahí estará para reiniciar mañana un día similar. Es una presencia permanente que nos persigue.

En el campo, hay un altero de cuerpos por todas partes. Alteros de cuerpos inertes. Esos hombres extremadamente delgados con rostros torturados están paralizados. La muerte no parece haberlos liberado. En este campo, las condiciones de vida son difíciles y podría creerse en la muerte como una liberadora, pero no. Su sufrimiento se cristaliza con la muerte. Es difícil creer que la muerte esté prisionera, como nosotros. pero lo está, y jamás la había yo visto tan de cerca, además trabajaba duro como nosotros. “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”.

Gurs, febrero 1939

Terminó la guerra en España. El Gobierno no ha hecho ningún anuncio oficial, pero no tardará demasiado. La guerra por la República está perdida. No por causa nuestra, sino por causa de la tibieza de las democracias. Franco tuvo aliados muy fuertes mientras que nosotros sólo contábamos con nuestro valor. La lucha muy pronto se tornó desigual y eso a pesar de la ayuda de las Brigadas Internacionales. Extenuado me fui a Francia cuando España estaba enteramente en manos de los franquistas. Terminó la guerra. Ganó Franco. Francia es un país de paz. El fuerte ascenso de los regímenes fascistas italiano y alemán amenaza cada vez más esta paz. En la gendarmería francesa, los gendarmes me preguntan si deseo ir a México o quedarme en Francia. La idea de ir a un país con mi mismo idioma me seduce, pero mi deseo es estar en el país de la libertad, cerca de mi familia, para que en cualquier momento pueda reunirme con María y las hijas. Además, el exilio no va a durar mucho tiempo. Me quedo en Francia. Los gendarmes me quitan mi pasaporte y me declaran refugiado. Francia, ese país de libertad, ese país que nos acoge con los brazos abiertos y defiende nuestras ideas, pues bien, esa Francia decide muy rápidamente, demasiado apresuradamente encerrarme en un campo. Francia no logra hacer frente a nuestro éxodo masivo. Se me informa que sólo será por un corto lapso. Tan solo el tiempo para que se establezca la situación en España o justo el tiempo para que Francia encuentre una solución.

Los gendarmes me escoltan a unos 70 km de *Arnéguy*, hacia un gigantesco terreno baldío en *Gurs* donde ya hombres se activan en todas direcciones.

Además de aceptar ser alojado en un campo, debo ayudar a la construcción de ese campo para poder acoger más de dieciocho mil refugiados. Acepto sin tener realmente otra opción. Acepto sin saber en qué me meto. En marzo de 1939, me convierto en carpintero del campo. Una vez más, pronto aflora la realidad.

Como el campo es tan sólo una solución temporal, se nos pide hacer caso omiso de los detalles de construcción y apurarnos. Hay que apresurarnos porque mis compañeros y yo mismo vivimos hacinados en el propio suelo sin techo alguno. Todos los artesanos de la región nos brindan apoyo y avanzamos con rapidez, en apenas cuarenta y dos días construimos cuatrocientas veintiocho barracas, organizadas en trece islotes. Un camino de asfalto de una longitud de cerca de dos kilómetros divide el campo en dos y organizamos un sistema de drenaje del terreno para los caminos laterales. Una barraca mide exactamente veinticuatro metros de largo por seis de ancho y está totalmente hecha de delgadas tablas de madera de pino, cubiertas con cartón enchapopotado. Una barraca está prevista para sesenta personas, pero no tenemos ninguna cama, ninguna puerta. Cada islote tiene acceso a instalaciones comunes: cocina, cajas letrinas, lavabos y duchas. Estoy frente a la realidad, ayudé a edificar una miserable ciudad de madera en un terreno más que insalubre. Los islotes están rodeados de alambre de púas y todo el campo también así lo está: somos prisioneros y construimos nosotros mismos nuestra propia prisión. No cabe duda, tenemos un techo, un piso y acceso al agua a ciertas horas, tenemos con qué sobrevivir.

Muy pronto la vida en el campo de *Gurs* revela ser muy ruda. Cuatro problemas importantes nos impiden vivir como hombres.

Nos encontramos en una región muy húmeda y sobre suelo arcilloso: no tenemos ninguna protección contra la lluvia porque la madera de las barracas es muy delgada. Después de cada lluvia, el terreno se convierte en un pantano en el que chapoteamos y a veces nos sumimos hasta los tobillos. El problema de humedad genera nuestros dos problemas cotidianos: el frío y la insalubridad. El campo sólo debía durar un verano, pero no fue el caso y las delgadas tablas de madera de las barracas combinado con la falta de puertas provocan la penetración del frío con cada ráfaga de viento. También sufrimos una terrible falta de higiene. Las ratas y las pulgas se invitaron en las barracas y se multiplican hasta el punto de ser más numerosas que nosotros. Tenemos acceso al agua a ciertas horas, pero no tenemos jabón. Las enfermedades se propagan a una increíble velocidad.

Nuestro cuarto gran problema, es el hambre. La falta de alimento es cruel. Nuestros días siempre se organizan de la misma manera: por la mañana tenemos derecho a un café, al mediodía y por la noche a un caldo, en ocasiones con un pedazo de carne por ahí perdido y a veces unos frijoles negros de México. Muy poco. ¡Demasiado poco! Una verdadera vergüenza ese campo, para nosotros que luchamos por la libertad, ¡nuestra recompensa es el encarcelamiento! A la humillación de nuestra derrota, se debe agregar la del internamiento, los alambres de púas, las espantosas condiciones de vida, la falta de porvenir. Así es como se reciben a los vencidos de Franco. La menor migaja de humanidad ahora se convierte en una verdadera dicha. Veo como amistades, ternura y amores se enlazan prontamente a pesar de la ausencia de intimidad y de higiene.

En el campo falta todo, pero nos esforzamos por vencer las realidades cotidianas gracias a la fraternidad. El campo de *Gurs* encierra principalmente exiliados del ejército popular español. Probablemente por eso nuestra organización también es militar. En el campo somos libres, pero algunos hacen valer su grado durante la guerra para dirigirnos. Para entretenimiento, se puede jugar ajedrez, ir a la universidad libre improvisada en el campo, realizar trabajos de mantenimiento, leer muy pocas veces la correspondencia censurada. Pero el deseo de dignidad y de libertad, la necesidad de no abandonar la lucha contra el fascismo, siguen indemnes y nos alientan. Es cuando levantamos el puño por arriba de los alambres de púas. Varias veces pensé en evadirme, pero una evasión al exterior está destinada al fracaso. ¿A dónde ir? Se hubieran necesitado más miradas que trascendieran los alambres de púas para percibir que había hombres detrás de éstos. Muchos nos insultan al pasar. Otros se atreven a ayudarnos dándonos comida para mejorar nuestra alimentación, pero la mayoría no aprecia en absoluto nuestra presencia. La finalidad era aislarnos de los franceses por ser unos «rojos» sin fe ni ley. Lo lograron. No vieron en nosotros tan sólo esos hombres agotados, lastimados y de un tiempo a esta parte humillados. Sólo estamos armados en contra del fascismo no contra Francia.

Los gendarmes franceses nos proponen con frecuencia regresar a España, prometiéndonos que nada nos ocurrirá allá. Quieren deshacerse de nosotros, pero conservo mi idea fija y me sostengo: mientras Franco esté en el poder, soy hombre muerto. Por tanto, espero junto con mis compañeros y sufro esa mirada externa que me hace sentir en que grado de gentuza invasora y amenazante soy. Espero en el lodo, en el frío, prisionero en el país de la libertad. Espero poder regresar un día a mi país. Espero poder volver a ver a mi mujer, a mis hijas. El 13 de enero de 1940, la III República Francesa crea compañías de trabajadores

extranjeros para no dejar demasiado ociosos a los españoles y que ayuden a la economía local. Los gendarmes me proponen ir a trabajar, no dudé ni un instante, acepté.

Construcción de barracas, montaje de granjas en Gurs
(marzo 1939)



Campo de Buchenwald, Alemania, julio 1944

“*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”. ¡Tengo hambre! Tengo tanta hambre... aquí en el campo, el hambre forma parte del juego de destrucción de los seres, como la violencia, la tortura o también el agotamiento. Por desgracia con frecuencia he tenido hambre en mi vida, en mi juventud cuando faltaba el dinero, durante el cruce de la frontera, en *Gurs*, pero uno jamás se acostumbra al hambre. Esta hambre tan intensa que excava, corroe físicamente pero también mentalmente. Hay que pelear para conservar su tazón porque no tenerlo es no tener sopa y no tener sopa es no comer. Nuestras comidas son extremadamente sencillas. Se come en el comedor de nuestros bloques: no hay suficientes lugares sentados para todo el mundo ni lugar en el piso para sentarse, eso vuelve todavía más tenso el momento. Por la mañana nos dan lo que llaman café con un pedazo de pan ennegrecido y macizo. En ocasiones, se acompaña con miel o una rebanada de embutido, pero la mayor parte del tiempo sólo nos dan ese líquido, de color y sabor indescriptible con el dizque pan. A mediodía, los comandos externos, únicamente tenemos derecho a un sospechoso sustituto de café. En la noche, nos vuelven a servir café acompañado de sopa. En la sopa nadan colinabos medio podridos. A veces, también hay patatas o nabos, pero es muy excepcional. La carne, cuando la hay, procede con frecuencia de animales enfermos, y está en un asqueroso estado de descomposición. ¿Pero cómo evitar comerlos, cuando se sufre de tanta hambre?

Si no formamos parte de los comandos externos, invierten la comida por la cena.

Esa, es nuestra ración cotidiana después de doce horas de trabajos forzados. Nos hacen padecer hambre para reducirnos a los más bajos instintos. Hay quienes resisten y conservan su dignidad y quienes se vuelven locos. Tener un tazón, aquí es la vida. Por tanto, se debe cuidar que no se lo roben. La dignidad va de par con la honradez, pero también el control de ese problema representado por el hambre.

En *Gurs* teníamos hambre, pero la fraternidad y solidaridad prevalecían; compartíamos nuestro «nada». En *Buchenwald*, el hambre es más profunda y transforma cada ser humano de manera similar. Primero, es una sensación de vacío en el fondo del vientre, algo soportable. Después la presencia de esa sensación es mayor con multiplicación de vértigos. Finalmente, se transforma en puñaladas y surge el dolor. El dolor causado por el hambre es quizá el más intenso de todos los demás dolores, porque lo enajena: obrero, mando, presidente o mendigo, francés o español, todos sin ninguna excepción, en un momento u otro, están dispuestos a efectuar las peores acciones por un infame tazón de sopa.

¡Tengo hambre! Ya no me queda grasa y ya no me queda músculo. Tan sólo me queda la piel y los huesos. El hambre hace perder la razón a muchos en el campo, pero trato de resistir. Cada pedazo de pan comido es un pedazo de vida. Resistir a esta deshumanización es ante todo no dejar morir de hambre. Es preciso que resista. Para todos, comer es una obsesión, pero algunos se dejan devorar por la obsesión a falta de devorar otra cosa. Comer cualquier cosa y a cualquier precio. Se pelean por las cáscaras de las patatas y se matan por lamer una gota de sopa caída al suelo. ¡Los perros comen mejor que nosotros, lo he visto!

No les dan los pedazos de carne descompuesta que nos dan a nosotros ni tampoco las legumbres podridas. Hay prisioneros que incluso tratan de robar la comida de los perros. ¡Para ellos ni siquiera somos perros! Hay que luchar.

La Rochelle, Francia, junio 1940

En cuanto pude salí de *Gurs*. Se me propuso ir a trabajar en una compañía de trabajadores extranjeros con base en *Cognac*. ¡Ni lo dudé, hui de ese infierno! En ese momento, todos conocemos las dos razones principales que dan origen a la creación de esos grupos de trabajadores extranjeros; desatascar los campos y usar mano de obra barata y dócil por estar estrictamente supervisada. Es también una forma de controlarnos porque causamos miedo. A los ojos de los dirigentes del régimen de *Vichy*, somos potencialmente agitadores porque impugnamos nuestro gobierno. Cada grupo de trabajadores extranjeros está dirigido por un jefe de grupo, un adjunto, un vigilante en jefe rodeado de cuatro a seis vigilantes. Estamos sujetos a cierta disciplina con castigos acordes con las faltas cometidas. Es al comprobar toda esa organización de control cuando me percaté de cuanto miedo causamos. Sabemos luchar, ya lo hemos hecho, y podemos rebelarnos en cualquier momento. Pero se nos está ofreciendo cierta libertad, aquella soñada desde hace varios años: por fin salimos del campo de *Gurs*, tenemos un salario, aun si es mediocre, y estamos en contacto con la población local. Pero no se me engaña tan fácilmente, la estructura en la que se nos encierra es una estructura de privación de la libertad. Está organizada como un sistema de detención domiciliaria y un trabajo forzado disimulado, del cual es difícil evadirse. De ahora en adelante estoy fichado y vigilado.

En junio de 1940, Francia firma un armisticio con Alemania: la guerra está perdida y Francia se encuentra ocupada.

Los nazis ya decidieron reclutar las compañías de trabajadores extranjeros de la zona ocupada para establecer lo que llaman “la organización Todt”. De ahí en adelante, mi compañía debe ayudar a la construcción de una base naval alemana en *La Rochelle* para consolidar un futuro muro defensivo del lado atlántico. Pero trabajar en Francia bajo la ocupación es trabajar para Hitler: ¡no luché contra *Franco* para ponerme al servicio de Hitler! Yo, Alfredo, español republicano de un pequeño pueblo montaños, me fugo una vez más. Me dirijo a *La Rochelle* dónde debo esconderme cierto tiempo y encontrar aliados. Muy pronto entro en la resistencia francesa⁶. No somos muchos, pero somos fuertes, organizados y luchamos. Ser pocos es una fortaleza porque limita el número de fugas y nos protege. Hay dos tipos de resistencia: la resistencia armada y la suministradora de información. Mi misión en la resistencia de desviar alimentos, comida, hacia aquellos ocultos en los grupos de resistencia. ¡Ocultos como yo mismo ya hace algunos años! Salvo que yo, estuve entre dos muros y nadie me ayudaba porque nadie debía enterarse.

Mi misión es al parecer sencilla pero extremadamente riesgosa. Al principio, se me vigila muy poco, se resume a distribuir la comida. Pero cuando pasa el tiempo, las autoridades desconfían más de la resistencia que crece y la tarea se torna difícil. Las tarjetas de alimentación se vigilan cada vez más y mis múltiples seudónimos están en peligro.⁷ Pero prosigo por la libertad y los derechos humanos, como siempre.

Viajo en los años 1942 y 1943 entre *La Rochelle*, *Burdeos*, *Orleans* e incluso *París*, como agente de enlace para aquellos que se encuentran en la resistencia. El sabor amargo de la derrota sigue estando presente entre nosotros los españoles. Reanudar la lucha activa para liberar Francia me da la sensación de proseguir con lo que empecé en 1936. Somos muchos españoles en la lucha por la libertad francesa. Nos hemos agrupado entre nosotros, pero no es porque nos haya excluido la resistencia francesa. Es simplemente a causa de la barrera del idioma. Aun rodeados de españoles, todos sabemos por quién luchamos: ¡luchamos por Francia!

Como muchos españoles refugiados en Francia, tengo la idea de ir a América Latina, de huir de la guerra. Los países de América Latina han firmado diversos acuerdos para recibir a refugiados y nos ayudan en ese sentido. El mundo de habla hispana en *La Rochelle*⁸ no es tan grande, tengo la suerte de estar en contacto con el Cónsul de Argentina en *Burdeos*, quien me ofrece una verdadera puerta de salida: una ida sencilla para Argentina. Estoy listo para partir, es una oportunidad que no debo dejar pasar. Una nueva vida, lejos de estas diversas opresiones y finalmente la libertad. Muchos consideran que se asemeja a una huida, pero yo continuaré luchando aun con el Atlántico como barrera, después de todo *De Gaulle*, tiene a la Mancha. ¡Luchar desde un sitio seguro luchar para vencer! Seré el primero en partir y después lograré que *María* y mis hijas se me unan. ¡Argentina! No sé si se parezca a mi Asturias, ni siquiera sé a qué se parece, ¡pero la barrera del idioma no existe allá! La guerra no habrá terminado, pero por lo menos ya no estará en peligro mi vida. ¡Parto, está decidido y arreglado!

Los preparativos para la partida se arreglan sencillamente gracias al Cónsul y a un tío que ya emigró a Argentina. Por desgracia, las cosas no suceden como se había previsto. Tres días antes de mi partida, se me denuncia. Después de dos años de mi ardid de usar tarjetas de alimentación diferentes para reunir el mayor número de alimentos posible para mis compañeros ocultos. Evidentemente, tengo un nombre diferente en cada una de ellas, cada vez que paso, trato de cambiar un poco mi apariencia. Es así como no funciona para los republicanos españoles porque somos indocumentados. Pero alguien observó que había ido varias veces con diferentes tarjetas de alimentación y me denunció. Una brigada especial de la policía francesa me detiene. La policía francesa, no la Gestapo. Yo español, lucho por la libertad de Francia y son sus representantes quienes me detienen. ¿Por qué? Es cierto, estoy en zona ocupada, pero los nazis sólo están ahí para supervisar, los franceses toman las decisiones y actúan.

En el momento de mi arresto, la policía no sabe qué hacer conmigo⁹: ¿se me debe regresar a España? ¿Enviarme a Alemania? ¿Encarcelarme? ¿Fusilarme? Finalmente, deciden encerrarme en *Burdeos* en un fuerte que data de la Edad Media, tomado por los nazis para hacer una prisión de oponente políticos y resistentes: el *Fort du Há*¹⁰

Campo de Buchenwald, Alemania, agosto 1944

“*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”. Recobrar mis recuerdos me hace vivir día con día. ¿Funciona? ¡Mejor! Empiezo a vislumbrar una posibilidad para un mañana, ¡porque recuerdo quién soy! Soy alguien con deseos de luchar hasta el final, sin importar lo que cueste. Sólo me queda por perder la vida y prefiero vivir con gallardía y no que me la roben. Aquí la rebelión está muy activa, pero también muy discreta. Los franceses se organizan, gracias a mis compañeros españoles que hablan francés y yo estoy al corriente y decido unirme al viento de revuelta en el campo. Nos reunimos en las letrinas. Es el único lugar donde los SS no se atreven a aventurarse. Por tanto, ahí es donde nos reunimos. Ahí es donde nos organizamos. Es en la deyección donde florece la esperanza. La esperanza de sacar a los SS del campo. Verano 1944, el rumor de la victoria de los aliados llega hasta *Buchenwald*. El ejército del III Reich retrocede de todos los frentes, es un hecho. Se plantea la cuestión de qué podemos hacer con esta información. ¿Es nuestro deseo esperar pasivamente que vengan a liberarnos o preferimos estar listos para hacer de nuestro ideal nuestra razón de vivir hasta el final? Desde 1943, formamos un comité internacional clandestino que permite la supervivencia mediante la solidaridad. Deseamos así aminorar la producción bélica nazi y establecer un plan de liberación del campo. Los franceses, la comunidad más numerosa en *Buchenwald*, son fuertes y deciden ya irse preparando activamente en la elaboración de este plan de liberación, me uno a ellos. La resistencia dentro del campo no se siente en absoluto. En su opinión, no somos nada. Seguimos siendo fantasmas sujetos a sus órdenes. Pero en realidad nos estamos preparando.

Cada uno hace lo que puede. Reconstruimos las armas robando piezas de la fábrica. Nos mantenemos enterados de las últimas noticias y eso a pesar del hambre, la fatiga y la muerte, siempre presentes. Somos un ejército silencioso. Tenemos noticias del avance de la guerra a través de los altavoces. Evidentemente, las noticias están censuradas por los SS. Por lo tanto, en cuanto los SS anuncian las noticias sobre la guerra, tenemos el reflejo de acudir a quienes poseen la verdadera información. Así, el 6 de junio de 1944, se nos anuncia que hubo un desembarco de los aliados en Normandía pero que el enemigo fue rechazado con grandes pérdidas. Gracias a nuestros aparatos de radio, sabemos la verdad sobre esta información. Más que el rumor del avance de los aliados, tuvimos una prueba que nos despertó. Una mañana de agosto, mientras estaba en la fábrica, oí el ruido lejano de rugientes motores. Un ruido acercándose. Tengo costumbre de oír las olas de bombarderos americanos desde hace varios meses, pasan por arriba del campo para ir a bombardear *Berlín* u otras ciudades en Alemania. Pero esta vez el ruido parece estar más cercano. Las sirenas del campo empiezan a sonar. De pronto, una violenta explosión me hace sobresaltar y tirarme al suelo. Los americanos bombardearon los cuarteles y los garajes de los SS, para mí todo queda claro, la siguiente es la fábrica dónde me encuentro. Este día, iniciado como todos los demás días en *Buchenwald*, rápidamente adopta un nuevo giro. Salgo de la fábrica con la rapidez que me permiten mis endebles piernas y sin importar los sobresaltos causados por cada detonación.

Una vez en el exterior, veo un maravilloso desastre: se incendia la fábrica donde trabajo desde hace meses. Estallidos de bombas caen por todas partes durante una larga media hora. Mis compañeros corren en todas las direcciones.

No sé qué hacer ante tal espectáculo. Suena el final de la alerta. Terminó el asalto. Me encuentro en medio de los gritos

de los enloquecidos SS. La fábrica está totalmente destruida por las bombas. Yo, sigo con vida. Los daños son enormes, tanto a nivel de pérdidas humanas como materiales. Se organizan los auxilios en un desorden indescriptible. Según su estado, los heridos se transportan en hombros o en camillas improvisadas hacia las barracas destinadas a los prisioneros enfermos, el Reviers, y la casa de placer transformada en hospital. Pero ahí están los americanos.

Ya conocen nuestra posición. Debemos estar listos porque están por llegar. La esperanza renace a partir de esta terrible prueba. La esperanza sobrepasa la realidad en el verano 1944.

Burdeos, Francia, enero de 1943

El fuerte de Hâ en muchos aspectos, ¿era el peor sitio de la tierra? Por supuesto, no conozco aún la existencia de *Buchenwald*. En dos ocasiones traté de evadirme de ese infierno, pero sin éxito. “*A cada quien su merecido*” Evidentemente, los malos tratos aumentan en la misma medida que mis intentos de evasión. Siempre es posible elevar la escala de la tortura. No obstante, pensaba haber llegado a su paroxismo en el “*Fort du Hâ*”, ¡empeoro en *Buchenwald*, la tortura que sufrimos es ya el último grado de la tortura que pueda existir! Desde el exterior el *Fort du Hâ* se asemeja exactamente a lo que se puede imaginar de un fuerte que date de la edad media. Está situado cerca de una de las torres de la muralla de la ciudad. En la celda, somos 11 amontonados en dos metros cincuenta por cuatro metros, sin contar las ratas, las cucarachas y las pulgas, que también son nuestros compañeros. Es húmeda, incluso glacial y dormimos en el suelo mismo.

Nos arreglamos para dormir lo menos posible unos arriba de otros, algo complicado de lograr en una superficie tan pequeña. Los sanitarios están abiertos para los otros diez compañeros de celda, sin ninguna intimidad. Además de la insalubridad y los olores corporales que ofenden la nariz. Olor permanente y nauseabundo procedente de los sanitarios. ¿Qué olor más tenaz? Tenemos derecho a lavarnos y a ver a un barbero, por ende, de salir de la celda, una vez cada quince días. Pero no somos a los que peor les va: a los judíos encerrados en el fuerte, les toca una vez cada dos meses. Hoy, me doy cuenta cuantas semejanzas hay con *Buchenwald*. Un olor terrible que permanece con persistencia.

Tortura física y moral. De hecho, ya sea el *Fort du Hâ* o *Buchenwald*, los dos están dirigidos por los SS. Si ahora mismo

debiera comparar los dos sitios, diría que conservo un dulce recuerdo de la prisión de *Burdeos*. Recuerdo bien haber dicho que era el peor sitio de la tierra, pero no se sabe la suerte que se tiene hasta que se pierde. En el *Fort du Hâ* se nos hace comprender que no somos nada. En *Buchenwald* también lo hacen, pero además tratan de convencernos que no somos dignos de ser hombre, somos menos que animales. Esa es la razón por la que pienso que la prisión de Burdeos es la antecámara de *Buchenwald*. ¿Quizá para prepararnos?

Sin embargo, fue en *Burdeos* donde fui testigo de la mayor prueba de humanidad de mi vida. Mi segundo intento de evasión fue un buen pretexto, como si los SS necesitaran algún pretexto para hacerme sufrir la centésima sesión de interrogatorio enérgico. Tiene lugar de manera muy sencilla. Entre las torturas físicas cuando las respuestas no les satisfacen, los SS desfilan ante uno las fotografías de personas buscadas para que denuncie a mis compañeros. Por supuesto, las caras me son familiares ¿pero por qué habría yo de decírselos? Lo que me salva la vida es que no saben nada acerca de mí y no pueden saberlo. Soy un insignificante minero de un pueblo español, ¿qué pueden encontrar sobre mi persona? Como nada obtienen del interrogatorio, me escoltan hasta mi celda.

Estoy cansado tanto moral como físicamente y me perdí la única comida del día, la cual con frecuencia me hace recobrar fuerza, a pesar de su escasez. Me avientan como a un perro en mi celda. Los SS cierran la puerta, alzo la cabeza y veo a diez hombres hambrientos ofreciéndome un lugar contra la pared para recargarme.

Diez hombres y once sopas intactas. Guardaron mi sopa y me esperaron para cenar todos juntos. Morían de hambre y no sabían si regresaría, ¡pero guardaron mi parte y me esperaron! En *Buchenwald*, nos roban nuestra humanidad. En *Fort du Hâ*, la conservábamos como el tesoro más valioso. Aun si en Buchenwald hay una cierta red de ayuda mutua, dudo que mis compañeros de bloque hubieran tenido la idea de guardar mi porción y esperarme para cenar. No se los reprocho, porque no sé si yo mismo sería capaz de hacerlo! ¡Tenemos tanta hambre y la comida es tan escasa! Por cierto, cada vez más y más escasa. Cuanto más avanza la guerra, más complicado es el abasto. Una señal dolorosa que indica como van ganando terreno los aliados. No sé qué ha sido de mis compañeros de celda. Así sucede en tiempos de guerra. Se da o se recibe todo de personas que jamás se vuelve a ver.

En el *Fort du Hâ*, la puerta de la celda sólo se abre para la sopa o para llevarnos a una sesión en la que tienen medios para hacernos hablar...como lo afirman... No obstante, cada uno logra obtener información mediante algunos trucos. Pero no tenemos nada, no tenemos ningún derecho. Entre los guardias SS, hay uno que habla español. Es además el más simpático de todos. Es alto, moreno y con una apariencia más bien argentina que alemana. Es un joven de mi edad, casado con una alemana espléndida, alta, rubia, sin muchas formas pero que despide algo. Como es el más simpático, varias veces logro conversar con él a través de la puerta y obtener información gracias a él. Bueno, no es muy extenso, pero por lo menos tengo alguna información del exterior. Me habla de su vida, y eso a mí me infunde vida. Un domingo, este oficial abre la puerta de la celda con gran estruendo.

A pesar de las muestras de simpatía de este oficial, nos ponemos a temblar porque la puerta nunca se abre sin motivo y no es la hora de la sopa. Todos nos acurrucamos en el fondo de la celda, porque así nos pide hacerlo, y vemos como cae un paquete en el centro de la celda. Y se cierra la puerta. Ni una palabra. Nada. Sólo el paquete. Es un regalo de parte de la esposa de ese oficial. Lo acompaña una carta en la que nos propone hacer llegar nuestras cartas a nuestras familias en Francia. Asimismo, deslizó lápices, hojas, y también diarios. No sé cómo el guardia obtuvo la autorización de damos todo eso. No tenemos derecho alguno y sin embargo esta mujer, seguramente conmovida por los relatos de su marido y los fragmentos de conversación intercambiados, nos brinda ese gesto humano. Un soplo de aire puro para mis compañeros y para mí. Naturalmente, mi primera carta la dirijo a esa mujer. Mi francés es defectuoso, pero lo que surge del corazón no requiere de precisión. No tengo familia en Francia, pero escribo una segunda carta para dar noticias mías a un compañero francés, que conocí en la resistencia.

Varias semanas después, el SS vuelve a abrir la puerta y nos avienta las cartas de nuestros parientes, recibidas por su esposa. A todo el mundo le toca una carta, todos nuestros parientes viven. Pero mi carta es muy particular. Había yo escrito a un compañero que vive en Francia. Cuando ese amigo recibió mi carta, me responde haber tratado por todos los medios ponerse en contacto con María, aún en *Carabanzo*. En su carta me explica qué por causa de la guerra y el cierre de las fronteras, la comunicación no es cosa sencilla.

Su carta termina con estas palabras: «...pero amigo mío, en estos tiempos tan funestos me has hecho el honor de pensar en mí para darme noticias tuyas y es una gran alegría saber que estás con vida. Toca ahora a mí alegrarte el corazón» Con la carta viene una fotografía de Unica y de Consuelo. Mis hijas...

A pesar de todo, mi amigo había logrado tener noticias. Todos están bien. ¡*María* y las niñas siguen con vida! *Única* tiene seis años y *Consuelo* cinco.

Son casi de la misma altura, pero no significa nada porque aún son muy pequeñas. *Única* heredó mis rasgos, pero *Consuelo* se parece mucho a *María*. ¡Qué felicidad! Mis hijas se ven fuertes y orgullosas. Mi lucha no puede detenerse aquí. Debo seguir luchando, continuar presente allá y existiendo para ellas.

Fort du Ha, Burdeos, Francia, 1940



Campo de Buchenwald, Alemania, septiembre 1944

En cada uno de nosotros veo a un héroe famélico. Cada mañana nos levantamos para pasar lista y cada noche una ola de fantasmas fluye por *Buchenwald*. Cuerpos esqueléticos, muy debilitados, fatigados y maltratados, mal que bien de pie, derechos esperando el final de la lista. “A cada quien su merecido”, ¿Pero que hicimos para merecer esto? ¿Es realmente el hombre tan perverso? ¿Cómo se puede permitir que hagan este tipo de cosas? Me duele tanto el rostro que ya no sé ni lo que digo. Tengo grandes llagas en todo el cuerpo, y no se curan, siento rota la nariz y no vuelve a consolidarse, mi mandíbula, tantas veces dislocada por los golpes, me duele en cuanto abro la boca. Este dolor intenso y permanente empieza a prevalecer. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer cuando la propia mente ya no basta para sobrepasar el dolor físico? Estoy tan cansado, ya no tengo deseos de seguir y sin embargo, es preciso. No saldrán vencedores de este horror y quiero estar ahí para ver triunfar la libertad. Además, no puedo quejarme. Tengo la suerte de llevar un triángulo con una “S”¹¹ y no una estrella amarilla. Tan solo por ellos, no puedo quejarme. Jamás. El bombardeo nos dio la esperanza de una posible liberación. Me dio fuerzas.

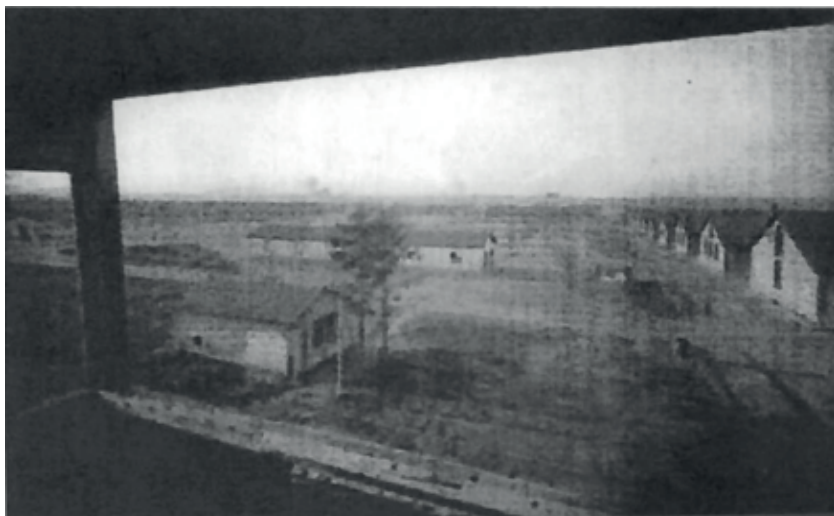
La fábrica está destruida, se me asigna para despejar los escombros y reconstruir la fábrica. Lo que no saben los SS es cuan numerosos somos en aprovechar la situación. Entre los escombros se encuentran un sinnúmero de armas intactas que sustraemos para constituir el depósito de armas para la resistencia de *Buchenwald* y ya empezamos a tener muchas. Jamás tendremos suficientes para derrocar a los SS del campo en el momento oportuno, pero bastan para ayudarnos a liberarnos o para oponernos a una liquidación del campo. Aquí estamos. Estamos organizados. A pesar de nuestra aparente fragilidad, somos fuertes y vamos a liberarnos. Estamos casi listos para probar nuestra suerte. Estoy listo.

Compiègne, Francia, junio 1943

Después de seis largos e interminables meses en el *Fort du Hâ*, deciden transferirme a *Royallieu*. En esa época, no sabía adonde me llevaban, pero sí sabía que no era nada bueno. Como es muy común matar a los prisioneros cuando se anuncia el final de la guerra, pensé que había llegado mi fin. Sin embargo, no llegó el fin. Me transfirieron a un nuevo campo, el de *Royallieu* cerca de la ciudad de *Compiègne*. Aprecié el campo de *Royallieu* tanto como se puede apreciar. Después de *Gurs* y de la prisión de *Burdeos*, pensaba que no podía haber algo peor. Había pasado varios meses encerrado en un pequeño espacio junto con varios, por tanto, el simple hecho de poder vagar, incluso en un espacio abarrotado y limitado, se convirtió en un lujo.

Campo de Royallieu desde un mirador, Compiègne, Francia, 1944

Cuando llegué al campo, muy pronto me enteré del motivo



por el que se me había transferido: los prisioneros políticos en zona ocupada pasan por este campo antes de ser enviados a los campos de trabajos forzados en Alemania o en Polonia. Pero saber el motivo no me da miedo. Para tener miedo es necesario tener una idea de lo que es un campo de trabajo allá. Ahora bien, tengo muy poca información sobre lo que ahí sucede y mis compañeros me dicen que se puede permanecer largo tiempo aquí antes de ser enviado. Yo, permanecí seis meses en *Royallieu*. El día empieza y se termina pasando lista, a parte de algunas faenas, el trabajo no existe. Estamos en espera. Estamos en espera sin saber cuándo partiremos hacia Alemania o Polonia.

Para luchar contra el desaliento, se organizan actividades sociales, deportivas y culturales, pero de hecho se está en espera. Estamos en espera del día en que se nos anuncie que partiremos para ir a trabajar para el III Reich. Nosotros, que luchamos en contra de éste desde el principio. La vida es dura, estamos amontonados en barracas sin puertas ni ventanas y nos falta comida. Pero vivimos. Desde luego en espera, pero vivimos. El 16 de enero de 1944, se me avisa que parto por tren para Alemania el 17 de enero de 1944. El tren de la muerte. Esa fecha, quedará por siempre grabada en mi memoria y aún en este momento en que sufro, aún lo pienso. Sé que salí de *Royallieu* el 17 de enero de 1944, no sólo porque era con destino a este lugar, sino sobre todo porque estuve en ese tren.

Somos cerca de dos mil prisioneros de *Royallieu* para tomar ese tren. Todo el mundo conoce esos vagones de madera para animales. De hecho, numerosos soldados han viajado en ellos. Pero amontonar ahí a unas cien personas, es otro asunto. Y a eso fue a lo que se nos obligó.

Hubo que comprimir a los últimos en subir para lograr cerrar las puertas deslizantes, enseguida cuidadosamente acerrojadas. Estamos como emparedados en ese limitado espacio que consta

de un viejo bidón para usar como sanitario y dos pacas de paja que debemos esparcir en el suelo como jergón. Cada extremo del vagón tiene una apertura. De un lado, una pequeña ventana en gran parte obstruida por tablas con alambre de púas. Del otro lado, una especie de persiana metálica inamovible. Además de espacio se nos priva de aire y de luz. ¿Con qué fin amontonarnos de esta manera? ¿Cuál es la finalidad de esta transferencia? ¿Dejamos morir o dejamos vivir para trabajar?

Ahora ya tengo la respuesta. “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”. Se eliminan a los más débiles desde esta etapa y quienes tienen la suerte de sobrevivir han ganado el derecho a morir con mayor lentitud en el campo. En ese tren, mi primer problema es el espacio. No tengo solución. Estoy de pie en medio sin nada para recargarme. La posición sentado ocupa demasiado espacio, por lo tanto, no todo el mundo puede aprovecharla. Permanezco de pie cierto tiempo, sin hablar, pero se empiezan a oír protestas. Estamos en enero y el frío es intenso a pesar del calor humano liberado por cien personas pegadas unas con otras. Tenemos una cubeta a modo de sanitario: ¡una cubeta para cien personas! ¡Una cubeta que no se puede vaciar a través de una ventana! El convoy camina con bastante lentitud y el primer día transcurre en medio de pequeñas peleas causadas por la falta de espacio vital.

Antes de llegar la noche, aproveché la oportunidad de sentarme porque ya no puedo más. Durante la primera noche, el convoy se detiene súbitamente y suenan algunos tiros. De pronto, se abre violentamente la puerta del vagón. Una bocanada de aire llena mis pulmones.

Dos SS garrote en mano, nos hacen comprender que debemos amontonarnos en la mitad del vagón para poder contarnos. Si de por sí con todos nosotros en el vagón falta espacio, esa orden no resulta fácil de ejecutar rápidamente. El garrote nos ayuda a

hacerlo. Después de contarnos, suben a nuevas personas en el vagón, estos hombres están desnudos. Cierran las puertas y oigo como se produce lo mismo en los siguientes vagones con mayor o menor número de gritos y después el tren se vuelve a poner en marcha. La explicación es sencilla, algunos prisioneros lograron huir. Sus compañeros de vagón sufren las consecuencias y nos dan el ejemplo.

El segundo día padezco cruelmente de sed y de hambre. Antes de la segunda noche, por fin se detiene el tren. Estamos en la estación de *Trèves* y se nos sirve una sopa para cenar. Reanudamos rápidamente la marcha. El tercer día me parece especialmente más largo y pesado que los anteriores. Alterno la posición sentado con la de pie para luchar contra los calambres. Los gritos, los delirios, el olor penetrante de hombres hacinados, cuantos suplicios intolerables vuelven infernal esta última parte del viaje. "*Jedem das Seine*" , "*A cada quien su merecido* ".

Campo de Buchenwald, Alemania, enero 1944

Se detiene el tren. Hemos llegado. ¿En dónde me encuentro? No lo sé. Sé que ya no estamos en Francia y que hemos viajado durante tres días y dos noches. Salimos de *Compiègne* el 17 de enero. Hoy es el 19 de enero de 1944 y es de noche. La luz, así como el ruido de las botas mezclados con los ladridos de los perros cercanos al vagón anteceden poco tiempo al chirrido de las cerraduras de la puerta que por fin se abre. En cuanto se abre, penetra el aire glacial y nos hace mucho bien comparado con el bestial calor que habíamos acumulado durante ese abominable viaje. “*Schnell*”. Bajamos bajo los alaridos de los SS, dejando atrás a aquellos que no pudieron resistir la primera prueba. “*Schnell*”. Enfilo corriendo por la gran avenida que nos lleva al campo, la “*Caracho Weg*”, camino principal que une la estación con el campo. “*Schnell*”. “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”. Me detengo ante esta inscripción grabada en las puertas de la entrada del campo. ¿He llegado a las puertas del infierno? Ante esta inscripción, que de ahora en adelante voy a ver todos los días desde el interior. “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”. En su opinión, esta inscripción debe recordarme lo justo de mi castigo. A partir de entonces, me levanto cada día sin saber si veré el siguiente día. Y es así como cada día me sustraen poco a poco mi sensación de ser humano.

Campo de Buchenwald, Alemania, marzo 1945

La rebelión está en marcha en este lugar. ¡Se los aseguro! He tratado de recordar todos los detalles de mi vida para acordarme quién soy. Para acordarme por qué se debe continuar la lucha. Por qué es imposible que me dé por vencido ahora, sólo porque desean forzarme a hacerlo. Soy yo quien debe decidir en qué momento me daré por vencido. Soy *José María Alfredo Rodríguez Velasco*, y quiero luchar. Quizá sea la última vez, pero me da igual. Lucho por mi vida, por mi dignidad a pesar de esa empresa demoniaca de deshumanización. Lucho por mis compañeros y mi familia. Lucho porque esto no puede triunfar. Detrás de los alambres de púas, ¡sigue la resistencia! Debo ayudar a mis compañeros a sentir esperanza, esa es la primera victoria alcanzada sobre el enemigo, procedentes de horizontes por demás, diversos, despojados de cualquier artificio de la vida, reunidos por el sufrimiento y el combate, estamos unidos y esta solidaridad es ahora nuestra arma contra ellos. Un día se hará justicia. Nuestro día está por llegar, es seguro. Nuestra causa es justa y un día la victoria será nuestra. Nuestra causa es justa y un día se hará justicia. *“Jedem das Seine”, “A cada quien su merecido”*.

Buchenwald, Alemania, 19 de abril de 1945

“Jedem das Seine” , “A cada quien su merecido”.

Desde hace varios días el campo se encuentra en efervescencia. Desde el 3 de abril ya no hay punto de reunión ni se pasa lista. Desde el 4 de abril ya no vamos a trabajar a nuestros diferentes comandos. Desde el 5 de abril los SS evacúan en masa a compañeros. Todo empezó por el Campo Pequeño. ¿Para llevarlos a dónde? Estamos temblando desde el 6 de abril porque los jefes de nuestra resistencia clandestina fueron denunciados. Pero logramos ocultarlos. Desde el 8 de abril, estamos en contacto directo con el exterior. La resistencia del campo logró activar el transmisor del radio en nuestra posesión, y recibimos un mensaje de los norteamericanos, ya vienen. Desde el 10 de abril sentimos la proximidad del ejército norteamericano porque cada vez más sobrevuelan aviones el campo. Bajo la presión norteamericana, los SS desean evacuar a todo el campo. Bajo la presión norteamericana, los SS están más nerviosos y ejecutan a mis compañeros en masa. El 11 de abril decidimos que ya no podíamos esperar a los norteamericanos.

Es la desbandada entre los SS, hay que aprovecharla. Ruidos de sirenas desconocidas resuenan. Concluimos que es la forma de anunciar a los SS dentro del campo que los tanques norteamericanos no están lejos. Sacamos las armas que habíamos reunido y las distribuimos a los compañeros que aún siguen en el campo. No tenemos suficientes armas para cada compañero, pero no importa. Ya no somos tan numerosos, pero no importa. A principios de la tarde, lanzamos el ataque. Cada grupo desempeña un papel y nos dispersamos por el campo. Muy pronto los puntos estratégicos están bajo nuestro control.

Junto con mis compañeros empiezo a perseguir a un jefe en fuga. El desafortunado pensó que no lo habíamos visto escabullirse hacia la estación. Pero logramos detenerlo cuando se encontraba en el andén. Le quito su arma, su anillo coronado con un rubí y un pequeño reloj. Al final de la tarde, cuando por fin los norteamericanos entran en el campo de *Buchenwald*, tenemos a más de doscientos SS prisioneros. Los entregamos en manos de la Justicia. No se trata de quitarles lo que nos quitaron. No se trata de venganza. Los tratamos sin odio. Los tratamos conforme a nuestros ideales. Esos mismos ideales que nos costaron ser encerrados en ese campo. Esos mismos ideales que hoy permiten que estemos libres. Desde el 11 de abril, somos libres. “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”.

Los norteamericanos nos prestan ayuda tratando de atendernos con auxilios de urgencia. Nos dan a comer un régimen rico en calorías, pero en pequeña cantidad y sobre todo líquido. Se nos ha privado de comida desde hace tanto tiempo que sería peligroso darnos enseguida una alimentación normal. Somos libres. Percibo en la mirada de los soldados y de los médicos norteamericanos que nos consideran más como muertos que como vivos, pero se equivocan. Tenemos la apariencia de la muerte, pero jamás hemos estado más con vida que desde el 11 de abril. Hemos pasado ocho días de espera en nuestras barracas. Vemos desfilar a varias personas. Altas personalidades norteamericanas, unos aliados, pero también alemanes. Vienen a ver cómo es *Buchenwald*. Vienen a ver lo que nos hicieron. Lo que nos hizo el III Reich. Somos libres. “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”.

Ahora el mundo ya está enterado, y antes de que nos dispersen en todas direcciones, debemos honrar a nuestros compañeros muertos. Decidimos que para honrar a quienes cayeron en *Buchenwald*, no bastaba con un momento de recogimientos y de silencios. Había que hacer algo más. Se

necesitaba algo más. Un acto que simbolizara nuestro combate, su combate. Un acto que fuera testimonio de que no murieron en vano. Hoy, 19 de abril de 1945, nosotros los deportados sobrevivientes de *Buchenwald*, decidimos hacer un juramento. Prometemos continuar el combate en nombre de quienes murieron en este campo. Decidimos no buscar venganza en su nombre, sino más bien justicia. “*Jedem das Seine*”, “*A cada quien su merecido*”.

París, Francia, junio 1948

Dos niñas pequeñas miran tranquilamente por la ventana. La mayor tiene doce años y la más pequeña va a cumplir once años. Jamás han asistido a un espectáculo semejante. Jamás habían visto tanta gente en la calle. Desde que dejaron sus montañas, todo es diferente. La mayor no valora tanto este cambio, pero se deja llevar por la excitación de su hermanita. Están fascinadas por ese teatro embrujador. Bajo su mirada vagan las personas y compran provisiones en diferentes puestos. A veces, los transeúntes se detienen para saludar a un conocido y platicar junto a un café. Lo más sorprendente para estas chicas ¿es cómo pueden conocerse todas esas personas? Hay tanta gente. Allá en Asturias, es normal conocer a todo el mundo porque los pueblos son minúsculos y están habitados por miembros de la misma familia. No deducen que el mercado que observan es como un pueblo grande, cada uno desempeña un papel. Está la persona vendedora de frutas y legumbres, la que vende carne, pero sobre todo la que vende pan. Un pan muy curioso llama su atención. Es un pan largo y filiforme que todo mundo parece comprar. Los niños comen ese pan con mantequilla y mermelada en plena calle. ¡Mantequilla y mermelada, dos productos juntos! Mientras que de dónde venían, si tenían pan, y ya podían darse por satisfechas. Otra cosa capta particularmente su atención. En un puesto, hay un hombre que vende unas bolas curiosas. Son bolas multicolores y parecen muy ligeras porque flotan en el aire. Parecen estar destinadas a los niños porque casi todos tienen una en la mano. ¡Cuántos descubrimientos! ¡Qué magnífico espectáculo!

Esas niñas están maravilladas por tanto color y levedad. Sus ojos brillan y sólo tienen un deseo, bajar a la calle para acercarse. Su madre está sentada más lejos, muy cansada por el largo viaje

que acaban de realizar. Muy cansada por esos doce últimos años. Piensa de nuevo en la aventura que acaba de vivir: una aventura que no le hubiera molestado obviar y parecía jamás tener fin. Y, sin embargo, esa aventura llega a su fin. Lo sintió así desde su llegada al pequeño cuarto amueblado de la calle des Carmes del Barrio Latino de París. Sus hijas y ella están en Francia, lejos de los franquistas. Ya están seguras. Cierra los ojos para descansar unos instantes y saborear el momento. Las niñas siguen con la mirada centrada en el mercado y tratan de olvidar el viaje. Qué aventura dejar todo, tomar sus cosas para cambiar de vida¹². Han pasado toda su infancia en un pequeño pueblo montañoso y ahora se encuentran en la capital de un país extranjero, en una gran ciudad.

La más pequeña, más despreocupada, muy feliz con este cambio, está en plena excitación por esta nueva aventura. La mayor está más triste. No quería dejar la vida en *Carabanzo*. Le gustaba ayudar a los adultos a realizar las tareas cotidianas, le gustaba su pueblo y lo conocía bien. Algunas tareas eran muy pesadas como romper el hielo del lavadero para lavar la ropa o caminar kilómetros con los suecos en la montaña lodosa o nevada. Pero era su pueblo. Además, su pueblo se había reunido una última vez para despedirlas: ninguna de las dos lo olvidará jamás. Se quedará grabado en su corazón. La vida en *Carabanzo* era feliz. Las niñas vivían en una bonita casa con su madre, sus abuelos maternos y los hermanos de su madre.

No conocían a su padre y no comprendían las alusiones de su maestro a propósito de un cierto «*Alfredin el roxo*». ¿*Alfredo el Rojo*? ¿Por qué el maestro llamaba así a su padre? ¿Tenía acaso la piel roja? ¿Y por qué esta persona consideraba que su padre debería haber sido fusilado? Su inocencia les evitó verse afectadas por las violencias generadas en contra de su familia. Porque con frecuencia, la guardia civil se llevaba a su madre, a su abuelo, a sus tíos y ellas jamás imaginaron no verlos regresar.

Ellas jamás se enteraron de lo que ocurría ni de lo que acontecía en esos momentos de ausencia, porque su madre las protegía.

María era una mujer recia y discreta. No necesita demostrar el acto de valentía realizado. ¡No! Hizo lo que había que hacer y una vez hecho, se acabó. Por esa razón, era difícil para las niñas despedirse de quienes conocían, aún si era por su bien. El viaje había sido muy largo. Abordaron varios trenes pasando por *Madrid*. Siendo unas niñas que nunca habían salido de sus montañas, fueron descubriendo muchas ciudades durante ese viaje. Irún, última estación antes de Francia. Último cambio de tren. Las niñas llevaban por debajo de su ropa todas las joyas y objetos de valor que su madre había reunido antes de dejar el pueblo. No comprendían realmente por qué y *Consuelo* pensaba que era ridículo. Pero habían obedecido. Antes de subir al tren, la guardia civil se había llevado una última vez a su madre. La vieron alejarse entre esos tres altos policías y esperaron. Después de una larga espera, su madre regresó y subieron al tren que las llevó a París.

Esta frontera tiene un valor simbólico para las niñas, dejaban detrás todos los recuerdos para poder crear nuevos aquí, en Francia. Pero esta frontera también era real; ya no tenían pasaportes y se convertían en refugiadas. Las niñas notan como su madre está cansada, observan cuan afiebrada está y la dejan descansar. Siguen viendo las curiosidades del mercado parisino y tienen prisa por ir a pasear. El día transcurre tranquilamente. Al final de la tarde, oyen un ruido a la puerta del cuarto. Desvían la mirada de la ventana durante unos instantes. Se abre la puerta para dejar entrar a un hombre desconocido para ellas. Gritos de alegría resuenan entre su madre y ese hombre. Es su padre. No tiene la piel roja. Se apresuran a conocerlo, se llama *Alfredo*.

Familia Rodríguez 1951 y 1959
(De izquierda a derecha: Consuelo, Unificación, Alfred,
Maria, Alfredo)



Carabanzo, España, 1975

La humillación española comenzó a disiparse poco antes de la muerte de *Franco*. En 1969, *Franco* nombra como sucesor al heredero del trono Juan Carlos, nieto del Rey *Alfonso XIII*. Anteriormente, *Franco* había exigido, a la Familia Real en exilio, la presencia del joven a su lado. *Franco* se encarga de su educación y está convencido que *Juan Carlos* hará prosperar el régimen establecido por el caudillo y sobre todo que conservaría su legado. *Franco* muere el 20 de noviembre de 1975. Tal como lo había planeado, *Juan Carlos* asume su sucesión. Sin embargo, decide efectuar un cambio. Reinstaura la realeza en España y resuelve iniciar una transición democrática. En esa época, *Alfredo* tiene 64 años, vive en *París* con su esposa y la familia ha crecido. Exactamente siete años después del Juramento hecho por los deportados de *Buchenwald*, el 19 de abril de 1952, nace el primer francés de la familia Rodríguez, *Alfred*. En 1975, *Unificación y Consuelo* ya están casadas y tienen hijos. Aun si España regresa al yugo de un régimen monárquico y no a un régimen republicano como *Alfredo* siempre lo deseó, por fin puede regresar a casa. Mientras *Franco* estuvo con vida y en el poder, *Alfredo* no podía pisar la tierra española sin correr peligro.

Ahora, ya puede volver a ver sus montañas, volver a ver su pueblo y sobre todo volver a ver a los suyos. Algunos habían ido a París a visitarlo, pero la mayoría no tenían los medios para un viaje tan largo. *Alfredo* decide efectuar solo su primer regreso al país, salió solo hace treinta y siete años, regresará solo al país. Para él, este viaje es igual a una cuerda repleta de nudos que debe ir deshaciendo por sí solo.

Una cuerda tendida de París a *Carabanzo* pasando por *Burdeos* y *Pola de Lena*. Para el primer regreso de Alfredo, todo el pueblo le prepara una entrada triunfal en *Carabanzo* con una comida digna de los más grandes banquetes. Pero antes de llegar al pueblo, *Alfredo* decide ir al lugar donde trabajó su amigo de la infancia y primo *Bautista*, quien jamás se apartó de su pensamiento ni de su corazón durante todos esos años y que deseaba ver en primer lugar. Había tenido varias veces noticias de quien le había ayudado a construir un escondite en su granero, pero no se habían vuelto a ver desde que había salido de España. *Alfredo* quiso darle una sorpresa. *Bautista* le había dicho que se hacía cargo del tránsito en un cruce muy preciso, ahí fue donde *Alfredo* se dirigió. *Bautista* se encuentra en su puesto, está ahí justo ante su mirada. Como verdadero director de orquesta, coordina el vals de los automóviles. No sabe que *Alfredo* lo observa. Dos amigos separados por cuarenta años de guerra. *Alfredo*, conmovido, lo mira un instante y decide ir a su encuentro. Avanza hacia el centro del cruce donde se encuentra su amigo, baja la cabeza, modifica la voz y le pregunta si puede indicarle su camino. *Bautista*, automáticamente le indica la dirección a seguir, pero la actitud del hombre ante él le parece extraña. *Bautista* lo mira con atención y cree reconocer a su viejo amigo *Alfredo*. Todo en este hombre le hace pensar en su amigo, porque cuando se conoce bien a alguien, hay actitudes que no engañan. Además, hoy es cuando *Alfredo* debe llegar al pueblo. ¡Pero en cuarenta años se cambia mucho! *Bautista* pregunta al desconocido si se llama *Alfredo*, pero *Alfredo* continúa con el juego y le hace otras preguntas sobre la dirección por donde debe encaminarse.

Sofocado por tanta emoción, viendo cómo se disipan cada vez más las dudas de su amigo, *Alfredo* deja su personaje, levanta la cabeza y cae en los brazos de su amigo recobrado en plena mitad del cruce. *Salud amigo*. Este reencuentro es tan intenso que el vals de los automóviles continúa largo tiempo sin su jefe de orquesta. *Alfredo y Bautista*, en llanto, uno en brazos del otro, disfrutan de ese momento mágico y permanecen sin hablar. Finalmente, Bautista propone a *Alfredo* recuperar el tiempo perdido yendo juntos a *Carabanzo*, dado que todo el mundo lo espera. Todo el pueblo está presente. *Alfredo* pasa de brazos en brazos, prueba todos los deliciosos platillos.

Nadie le pregunta realmente por todo lo que pasó en esos últimos años, porque lo que importa es verlo en el pueblo y con vida, que *María* esté bien igual que sus hijos y sus nietos. Además, las preguntas más bien giran principalmente alrededor de la familia parisina de *Carabanzo*. Mucha efusión de alegría, mucho ruido, muchas emociones. *Alfredo*, algo cansado por todo ese alboroto, se eclipsa discretamente. Desea cerrar la puerta del pasado y dirigir la mirada totalmente hacia el futuro. En cierta forma, retirar el último nudo de la cuerda.

Como lo había hecho treinta ocho años antes, se dirige directamente al sendero de tierra, a través de la majestuosa montaña, en dirección de las ruinas del *Palacio*, ¡Qué bellas son esas montañas! Qué raro, sabe que hace frío, pero no siente frío. Como si lo que se aprestaba a hacer le calentara el cuerpo. La última vez cuando se adentró por ese sendero de tierra, iba con el corazón apesadumbrado y afán de protección. Había decidido salir de España para ir a Francia. Hoy, iba con el corazón ligero para culminar su regreso al país.

Entra en las ruinas, donde ya había entrado, desacomoda las piedras, que ya había desacomodado, desliza el brazo en el grueso muro y recobra su botín exactamente donde lo había

dejado. *Alfredo* recupera su revólver y sus dos granadas. Decide desactivar las granadas y conservar el revólver. En 1938, había enterrado sus armas, símbolo de una guerra inconclusa, hoy desentierra sus armas porque ha concluido la guerra.

París, Francia, 2017

En este punto se detiene mi relato. Durante mis investigaciones, evidentemente descubrí sucesos posteriores, pero opté por permanecer evasiva por no tener aún la plena certeza. Por ejemplo, no estoy en medida de contar con precisión los movimientos de mi abuelo durante la liberación del campo de *Buchenwald*.

Buchenwald es el único campo de concentración liberado el 11 de abril de 1945, por los propios deportados. Una verdadera organización de resistencia se había desarrollado en el transcurso de los años y los deportados supieron operar la liberación en el momento oportuno. Estoy enterada de la participación de mi abuelo en la liberación del campo de *Buchenwald*, por habérmelo contado él mismo. Incluso, es lo único que me contó directamente a mí acerca de su encierro en ese campo. Todos los demás hechos que han leído me fueron reportados por sus hijos o proceden de documentos encontrados en diversos servicios de archivos. Mi abuelo me relató, con mucho pudor, como persiguió con sus compañeros a un jefe SS quien huía del campo, tal como se los reseñé anteriormente. Lo hizo con mucho pudor, porque no sé nada más. Lo que me permite confirmarles la veracidad de esta historia, es que crecimos rodeados de esos objetos. Además, mi abuelo toda su vida llevó al dedo el anillo sustraído a su torturador. Es gracias a mi atracción por las joyas que mi abuelo me lo relató. Mis investigaciones en los archivos revelaron la estadía de mi abuelo en el campo de *Buchenwald* hasta mayo de 1945, en espera de la organización de repatriación de los millones de deportados. En ese momento tenía 34 años. Por haber expresado su deseo de regresar a La Rochelle con los norteamericanos, fue repatriado al centro de *Hirson* en el *Aisne* el 23 de mayo de 1945.

En aquel entonces pesaba treinta y ocho kilos, tenía graves lesiones en el rostro como prueba de huesos rotos en varias ocasiones. Podía caminar, pero sus pies estaban llenos de llagas infectadas. Le costaba mucha dificultad respirar a causa de las múltiples fracturas de la nariz, pero también porque sus pulmones no funcionaban de manera natural. Sus costillas, rotas en varias ocasiones, debían de ser la causa por haberlos perforado. Y como una desgracia nunca se produce aisladamente, también había contraído la tuberculosis. Estaba cubierto de pulgas y tenía sarna. Este informe médico en donde se mezclan aspectos médicos y de higiene es perturbador por dejar poco sitio a la imaginación y describe el retrato detallado de mi abuelo en mayo de 1945. Un verdadero choc. Un verdadero choc porque la imagen de mi abuelo a su salida del campo de *Buchenwald* era vaga, y ahora estaba perfectamente clara. Los archivos hacen constar su clasificación entre los deportados por atender con menos urgencia. Una escenificación patente de la situación porque evidentemente había personas en condiciones de salud más terribles y de pronto pensé en los informes leídos por sus familias. Mi abuelo fue repatriado por carretera porque era capaz de soportar el trayecto. Esta decisión fue tomada sin tomar en cuenta su estado contagioso.

En *Hirson*, fue atendido por un equipo médico y recibió los primeros cuidados. Una vez atendido, obtuvo su documento de repatriado que hizo oficio de tarjeta de identidad. Los archivos certifican que en 1947 vivió unos meses en Burdeos, porque después se fue a París, en donde recibió a su esposa y a sus hijas en mayo de 1948, como ya se los he relatado. Obtuvo su diploma de electricista y abrió su propio negocio. Su primer contrato lo obtuvo gracias al Director General de las Galerías Lafayette, el Sr. Goldstein, un ex deportado de *Buchenwald*.

Deberá esperar hasta 1947 para obtener su título de deportado político y a 1964 para la nacionalidad francesa. Regresará por

primera vez al campo de *Buchenwald* en la conmemoración de 1973, por tanto, puedo decir que antes de volver a ver su pueblo y a su país, volvió a ver su infierno. La historia continúa durante numerosos años, porque mi abuelo falleció en 2007 a la edad de 96 años. Desde su regreso del campo de *Buchenwald*, evidentemente fuimos testigos de múltiples anécdotas, incluyendo la siguiente contada por mi padre: mientras cuidaba de un perro pastor alemán, provocó un grave traumatismo a mi abuelo, por recordarle tristes episodios, al ver este animal, le confió como había visto perros “pastores alemanes” ¡comerse a hombres!

Toda su vida siguió mi abuelo la lucha dentro del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Transmitir la Memoria es un acto primordial si se desea construir el futuro. Este valor me lo arraigo mi familia. Soy el resultado de fabulosos destinos cruzados, que no deben caer en el olvido. De personas que, sin todos los tormentos del siglo XX, jamás se hubieran encontrado. Del lado materno, soy ítalo-polaca, mis dos bisabuelos se conocieron en Francia después de huir de los problemas de sus países, y fundaron una familia francesa en plena Segunda Guerra Mundial. Mi abuela materna, nació en 1932 y por lo tanto vivió el conflicto. Hija de italiano, sufrió el rechazo de sus compañeros franceses, pero siempre supo defenderse gracias a sus puños. Siendo una pequeña francesa de la región parisina, también vivió los bombardeos, como los SS llegaban a «despanzurrar sus colchones» para ver si la familia no ocultaba a resistentes. Reitero, nunca han faltado las anécdotas y no me cansaba de oírlas y sigo sin cansarme.

Sin abundar en los detalles, mis padres siempre me recordaron los fabulosos destinos de mis abuelos, siendo el ejemplo más evidente, el de mi abuelo paterno. Maravillada por ese gran hombre, quise saber más. Comprender por qué mi abuelo era un héroe, tanto para mí, como para mi padre y para

todo el mundo. Si para mí es importante, es porque considero muy poco frecuente la superposición de esas tres esferas tan diferentes.

Por tanto, decidí realizar una larga labor de investigación y entregar a mi familia los hechos con algunas anécdotas contadas por mi propio abuelo, pero también por mi padre y mis tías. El deseo de poner por escrito la historia de mis abuelos empezó en el liceo cuando en el curso de español hube de redactar una historia muy querida. A partir de entonces, mi padre emprendió poner por escrito todo lo que recordaba. *A cada quien su merecido* había nacido.

A partir de su texto, me fue posible escribir el primer proyecto y después decidí ahondar más porque el trabajo hecho me parecía demasiado superficial. Así, empecé a hurgar en los archivos de los diferentes países. Descubrí un sinnúmero de elementos gracias a la ayuda de archivistas, pero también de apasionados como yo en búsqueda de una parte de su pasado. Todas mis investigaciones me permitieron comprender principalmente la evolución de mi abuelo dentro del campo de *Buchenwald*. Como mi abuelo jamás quiso abordar ese tema, seguramente será una parte muy señalada para mi familia, quien ignora todo de ese suceso o tan sólo conoce unos fragmentos. Con todos estos descubrimientos, me parecía esencial hablar de su internamiento en *Buchenwald*.

Poco antes de su muerte, mi abuelo leyó el primer borrador de mi trabajo sobre su vida y me dijo estar muy orgulloso de mí, ahora bien, *abue*, yo estoy muy orgullosa de ser tu nieta.

COMITÉ PROVINCIAL DEL FRENTE POPULAR

DEPARTAMENTO DE GUERRA

CUADROS DE MANDO MILICIANOS

NOMBRAMIENTO DE

TRUFETE

A favor del camarada Alfredo Rodríguez Ve-
lasco.-Batallón Asturiano No 20

que le otorga este Departamento en nombre del Co-
mité Provincial del F. P. de conformidad con el
Comisariado y el E. M. del Norte, como premio a los
méritos alcanzados en la lucha contra la criminal
sublevación fascista.

Este nombramiento confiere los mismos derechos
que tienen los mandos militares y la misma res-
ponsabilidad en todos los órdenes, quedando some-
tida la actuación del titular al Código de Jus-
ticia Militar.

La antigüedad que disfrutará en el nuevo em-
pleo será la del 15 de Noviembre de 1.903
para todos los efectos, incluso el administrativo.

Gijón, de Diciembre de 1.906

El Jefe de E. M. Ejército Norte,

El Delegado de Guerra,

7

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

MINISTÈRE DE L'INTÉRIEUR

DIRECTION GÉNÉRALE DE LA SURETÉ NATIONALE

BORDEAUX Le 19 Juillet 1950

Cabinet du
Commissaire Central.

-:-:-:-

LE COMMISSAIRE CENTRAL

à

Monsieur le Colonel ALBINET
Commandant la Subdivision de
BORDEAUX.

Objet : Aff. RODRIGUEZ Alfredo.

Référ : Votre transmission du 13 Juillet 1950, portant
le n° 1124/PFCI- 1er Bureau.

Comme suite à votre transmission citée en
référence, j'ai l'honneur de vous faire connaître
ci-dessous les renseignements demandés :

- RODRIGUEZ-VELASCO Alfredo, né le 18 Février 1911
à Mières (Espagne), a été écroué le 1er Mars 1943
au Fort du Hâ de BORDEAUX, sous l'inculpation de
vol et trafic de cartes d'alimentation, et tentati-
ve d'évasion par bris de prison.

Transféré au quartier Allemand le 13 Mars 1943, à
la demande des Autorités d'Occupation, qui l'auraient
suspecté d'être en relations avec des militants
communistes de PARIS.

RODRIGUEZ a été condamné le 11 Avril 1946, par le
Tribunal de BORDEAUX, pour les motifs cités plus
haut, à 4 mois de prison par défaut.


R. ROUIL

[Traducción de la carta del Ministerio del Interior Francés]

República Francesa

Ministerio del Interior

DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD NACIONAL

Burdeos, a 19 de julio de 1950

Gabinete del
Comisario Central

-:-:-:-

DEL COMISARIO CENTRAL

al

Señor Coronel ALBINET
Comandante de la Subdivisión de
Burdeos

Asunto: Asunto RODRIGUEZ Alfredo

Refer: Su transmisión del 13 de julio de 1950 con número
1124/FFCI - la oficina.

En respuesta a la transmisión citada en la referencia, más abajo tengo
el honor de darle a conocer los datos solicitados:

- RODRIGUEZ-VELASCO Alfredo, nacido el 18 de febrero de 1911 en Mieres (España), fue encarcelado el 1 de marzo de 1943 en el Fort du Hâ de BURDEOS, por el cargo de robo y tráfico de tarjetas de alimentación, así como intento de evasión por quebrantamiento de prisión.
- Fue transferido al cuartel alemán el 13 de marzo de 1943, por solicitud de las Autoridades de Ocupación, porque sospechaban su relación con militantes comunistas de PARÍS.
- RODRIGUEZ fue condenado el 11 de abril de 1946, por el Tribunal de Burdeos, por los motivos citados más arriba, a 4 meses de cárcel por contumacia.

Firmado

José María Alfredo Rodríguez Velasco



Transporte que salió de Compiègne el 17 de enero de 1944

Censo de personas:		
Hombres	1944	99.95%
Mujeres	0	0
	1	0.05%
Situaciones		
	1	0.05%
Fallecidos	679	34.91%
Retornaron de la deportación	945	48.59%
Desaparecidos durante la deportación	57	2.93%
Situaciones desconocidas	250	12.85%
Evadidos durante el transporte o la deportación	10	0.51%
Liberados por las autoridades alemanas	3	0.15%
Nacionalidades		
	1	0.05%
F	1509	77.58%
E	230	11.83%
I	75	3.86%
P	3	0.15%

ARM	1	0.05%
APA	9	0.46%
R	4	0.21%
IRI	2	0.1%
NL	17	0.87%
MA	1	0.05%
D	3	0.15%
USA	4	0.21%
B	15	0.77%
PL	22	1.13%
YOU	8	0.41%
AND	8	0.41%
CH	10	0.51%
GR	3	0.15%
MEX	2	0.1%
ALB	1	0.05%
CZ	3	0.15%
?	1	0.05%
H_	6	0.31%
ROU	2	0.1%
GB	1	0.05%
DK	1	0.05%
TUR	2	0.1%
CHL	1	0.05% ^o

Juramento de Buchenwald, 19 de abril de 1945

“Nosotros los internos de *Buchenwald*, estamos hoy aquí para honrar a los 51 000 prisioneros asesinados en *Buchenwald* y en los comandos exteriores por matones nazis y sus cómplices.

51 000 de nuestro pueblo fueron fusilados, ahorcados, aplastados, golpeados hasta la muerte, sofocados, ahogados y asesinados con inyecciones.

51 000 padres, hermanos e hijos murieron de una muerte llena de sufrimiento, porque lucharon contra el régimen de asesinos fascistas.

51 000 madres, esposas y cientos de miles de niños acusan.

Nosotros que estamos vivos y presenciemos la brutalidad nazi, hemos visto con impotente rabia, la muerte de nuestros compañeros. Si algo nos ayudó a sobrevivir, fue la idea de que llegaría el día de la justicia.

HOY, SOMOS LIBRES.

Agradecemos a los ejércitos aliados norteamericanos, ingleses, soviéticos y a todos los ejércitos de liberación que luchan por la paz y la vida de todo el mundo.

Rendimos homenaje a un gran amigo de los antifascistas de todos los países, al organizador e iniciador de la lucha por un mundo nuevo que fue F.D. Roosevelt. Honor a su memoria.

Nosotros los de Buchenwald, rusos, franceses, polacos, checos, alemanes, españoles, italianos, austríacos, belgas, holandeses, luxemburgueses, rumanos, yugoslavos y

húngaros, que lucharon contra los SS, contra los criminales nazis por nuestra liberación.

Un pensamiento nos anima: NUESTRA CAUSA ES JUSTA,
LA VICTORIA SERÁ NUESTRA.

En muchas lenguas llevamos a cabo la misma lucha dura e implacable. Esa lucha cobró muchas víctimas y aún no ha terminado.

Las banderas ondean todavía y los asesinos de nuestros compañeros siguen con vida. Nuestros sádicos torturadores continúan en libertad. Esta es la razón por la que juramos en estos lugares de crímenes fascistas, ante el mundo entero, que renunciaremos a la lucha sólo cuando el último de los líderes sea sentenciado en la corte de todas las naciones. El aplastamiento definitivo del nazismo es nuestra tarea.

NUESTRO IDEAL ES LA CONSTRUCCIÓN DE UN
MUNDO NUEVO EN PAZ Y LIBERTAD.

Se lo debemos a nuestros compañeros muertos y a sus familias. Levanten la mano y juren para mostrar que están listos para luchar.

**Muro del monumento a la memoria del campo de
Royallieu en Compiègne**



<u>España</u>	<u>Europa</u>
<p style="text-align: right;">1936</p> <p><i>Abril</i> Nacimiento primera hija: Unificación.</p> <p>Julio Inicio de la guerra de España.</p> <p><i>Noviembre</i> Alfredo ingresa en el ejército.</p>	<p>1936</p> <p>Decisión europea de no intervención en la guerra de España.</p> <p>Septiembre Creación de las Brigadas Internacionales.</p> <p>Noviembre Eje Roma-Berlín.</p>
<p style="text-align: right;">1937</p> <p><i>Octubre</i> Nacimiento segunda hija: Consuelo.</p> <p><i>Principio del escondite.</i></p> <p>Octubre Fin del Frente del Norte.</p>	<p>1938</p> <p>Anexión de Austria por parte de Alemania.</p> <p>Septiembre Acuerdos de Munich.</p>
<p style="text-align: right;">1939</p> <p><i>9 de enero - Cruce de la frontera Gurs.</i></p> <p>Abril Fin de la guerra de España.</p>	<p>1939</p> <p>Agosto Pacto germano-soviético.</p> <p>Septiembre Inicio de la Segunda Guerra Mundial.</p> <p>1940</p> <p>Junio Armisticio Francia-Alemania.</p>

	<p>Régimen de Vichy <i>Ingreso en la Resistencia Francesa.</i></p> <p>1942 <i>Encarcelamiento en el Fort Du Hâ.</i></p> <p>1943 <i>Transferencia al campo de Royallieu en Compiègne.</i></p> <p>1944 <i>Enero Transferencia a Buchenwald.</i> Junio Desembarco de Normandía. Agosto Bombardeo de Buchenwald.</p> <p>1945 Abril Liberación Buchenwald Abril Muerte de Hitler Mayo Fin de la Segunda Guerra Mundial. Mayo</p> <p>1948 <i>Junio Maria y sus dos hijos cruzan la frontera</i></p> <p>1952 <i>Abril Nacimiento de Alfred</i></p>
--	--

<p data-bbox="461 168 523 201">1975</p> <p data-bbox="123 207 474 315">Noviembre Fin del régimen de Franco, <i>Primer regreso a España.</i></p>	
---	--

Deseo agradecer a todas las personas que de cerca o de lejos me ayudaron a realizar este proyecto. Me tomó tiempo, pero sin Ustedes me hubiera tomado todavía más. Asimismo, por simplemente haberme alentado, o ayudado en mis investigaciones y reflexiones, gracias.

Gracias a mis primeros lectores y correctores quienes aguantaron mis dudas y mis un y mil cambios.

Gracias a mis tías que me contaron sus recuerdos.

Gracias a mi padre quien confió en mí para contar la historia de sus padres.

Gracias a mis abuelos por haberme legado una herencia extraordinaria que me abrió la mente al mundo, a la historia de mi familia y de mí misma.

Mis abuelos conmigo, 1985

¹Alfredo llegó al campo de *Buchenwald* el 19 de enero de 1944 en el convoy número I.171 saliendo de *Compiègne* el 17 de enero de 1944. Este convoy transportaba 1944 hombres, incluyendo a 230 españoles.

² Alfredo ingresa en la fábrica de armamento Gustloff-Werke II (construido en el campo de *Buchenwald*) el 8 de marzo de 1944. Ahí trabajó hasta la liberación del campo.

³ Se nombra a Alfredo teniente del batallón 220 del Ejército del Norte el 15 de noviembre de 1936. Forma parte de ese ejército hasta octubre de 1937.

⁴ Alfredo cruza la frontera el 9 de enero de 1939.

⁵ Varios documentos hacen referencia a la CTE en la que ingresa Alfredo, pero cada vez con un número diferente. Todavía no he podido determinar cuál fue realmente la suya, ni lo que hacía. Era la compañía 165a o la 365a, compañía de trabajadores extranjeros con base en *Coñac*. Lo que sí consta es que logró huir desde junio de 1940. Por el momento no he encontrado archivos entre su huida de la CTE en junio de 1940 y su repatriación como miembro de la resistencia francesa en 1942.

⁶ Alfredo se une oficialmente a los francotiradores y partidarios (F.T.P.) en enero de 1942.

⁷ Se mencionan varios seudónimos. Joseph Alaz, Marcel, Louis, Víctor, André Durand, Maurice Ricard.

⁸ Alfredo vive en el 26 rue du Temple en La Rochelle.

⁹ Detenido el 27 de enero de 1943 por robo y uso fraudulento de tarjetas de alimentación, Alfredo ingresa en la cárcel hasta el 10 de marzo.

¹⁰ Se encarcela a Alfredo el 10 de marzo de 1943 en el *Fort du Hâ*.

¹¹ Alfredo es internado en *Buchenwald* como oponente político español.

¹² María, Unificación y Consuelo cruzan la frontera el 7 de junio de 1948.

Esta obra se acabó de imprimir
en páginas completas
en Enero de 2024.

Libro impreso para el
Tecnológico Nacional de México
(TecNM).

Distribución gratuita.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

“Que para siempre esto muestra cómo
el hombre tuvo que caer y cómo
la valentía y la dedicación
le mantuviera su nombre de hombre.”

Louis Aragon



**TECNOLÓGICO
NACIONAL DE MÉXICO**

Ilustración: Monumento a los españoles muertos por Francia,
Pablo Picasso, 1946 - 1947.